

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



Al presente número acompaña el número 2 de la Moda.

1870. — TOMO XXXV.

EDITORES-PROPIETARIOS: X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 29. — N° 888.

Administración general, passage Saulnier, número 4, en París.

SUMARIO.

El Concilio ecuménico; grabado. — **El amor criminal en la literatura.** — M. Emile Olivier; grabado. — **Naufragio del vapor «Seine-et-Tamise»;** grabado. — **Revista de París.** — **Discurso de apertura del Concilio ecuménico;** grabado. — **El cautivo.** — **Estudios históricos.** — Julia Grisi; grabado. — **«Sueño de Amor»** ópera cómica en tres actos; música. — **La casa de Cardona.** — **Problemas de ajedrez;** grabado. — **El mundo de las flores;** grabado. — **Teatro de Folies-Dramatiques;** grabado.

El Concilio ecuménico.

(Continuacion.)

Los trabajos preparatorios del Concilio han sido repartidos entre seis comisiones, cuyos presidentes forman además una séptima comisión.

La primera, encargada del dogma, está presidida por el cardenal Bilni; la segunda, de las cuestiones político-religiosas, por el cardenal Reisach; la tercera, de la disciplina eclesiástica, por el cardenal Citerini; la cuarta, de los registros, por el cardenal Bizzari; la quinta, de los asuntos de Oriente, por el cardenal Barnabo; la sexta es la encargada de las fiestas y ceremonias.

Aparte de estas comisiones, hay otras dos, una de ellas encargada de reconocer la validez de los motivos de excusa presentados por los prelados ausentes, y la otra encargada de recibir las quejas ó reclamaciones de los prelados presentes.

Hay además el secretario del Concilio, monseñor Fessler, obispo de San Hipólito, y los subsecretarios monseñor Jacobini, de la propaganda, el canónigo Agustin Jacobini, y un auxiliar, el abogado Camilo Santori.

Luego vienen los guardias nobles, príncipes Orsini y Colonna; los protonotarios apostólicos, que ejercen las funciones de notario y son monseñores Pasifici, Cololombo Simeoni, Bartolini y Pericoti; los sustitutos de los notarios, el cura Santi y el abogado Pallottini.

Los escrutadores del Concilio son monseñores Serafini, Nardi, Pellegini, Dialti, Crestofori, Montani, de Falloux, du Coudray y Nina.

Los promotores, en nombre de

tres, son monseñores Dominicis, Tosti y Felipe Ralli. Siguen luego quince maestros de ceremonias y diez asignadores, y por último, los empleados del Concilio que son los *scribæ protonotarii*, taquígrafos, divididos por grupos, según las diferentes maneras de pronunciar el latín, los *cantores*, los *osiarri* y los *cursores*.

En la reunión presinodal celebrada el 2 del corriente, todos los empleados del Concilio prestaron juramento bajo la fórmula siguiente:

«Nosotros, elegidos por Vuestra Santidad, oficiales del Concilio general del Vaticano, prometemos y juramos sobre los Santos Evangelios de Dios, cumplir fielmente el oficio confiado á cada uno de nosotros y no divulgar

ni descubrir á nadie, fuera del expresado Concilio, lo que se proponga á su exámen en las discusiones, ni las opiniones de nadie, sino guardar sobre este punto, así como sobre las demás cosas que se nos confien especialmente, el secreto mas inviolable.»

Hablemos ahora del salon del Concilio cuya vista general publicamos hoy con arreglo al aspecto que presentaba el día de la apertura.

Estando situado el salon del Concilio en el espacioso compartimiento que hay á la derecha de la tumba de San Pedro, se ha logrado desde luego que el golpe de vista al entrar en la iglesia no quede perjudicado en lo mas mínimo por el edificio provisional, tanto que la mirada del espectador abarca en toda su longitud este grandioso templo sin tropezar con ningun obstáculo. Hasta llegar debajo de la gran cúpula no se advierte lo mucho que rebaja la belleza arquitectónica de la iglesia el edificio provisional. Al entrar en la basilica vése en la parte del Sur un timpano en el cual está pintada la cabeza y parte del cuerpo de Jesucristo como si saliese de entre las nubes. En la mano izquierda tiene el libro de los Evangelios abierto, y con la derecha, extendida en actitud de mandato, envía á sus discípulos á predicar la nueva doctrina. Este hermoso cuadro fué pintado en tres días por el caballero romano Francesco Grandi. Debajo de él se lee la siguiente inscripción:

«*Docete omnes gentes:
Ecce ego vobiscum sum omnibus
[diebus
Usque ad consumationem sæculi.]*»

Entremos ahora en el salon del Concilio. Preséntase un paralelogramo en direccion de Norte á Sur y enfrente, al penetrar en él, se ve el trono del papa, al que se sube por seis ó siete escaloncitos muy bajos. A derecha ó izquierda del dosel y casi al mismo nivel, hay una fila de asientos suficientes para acomodar en ellos unos sesenta cardenales aun cuando no asciende á tanto el número de ellos. A cada lado del trono del Pontífice se ha construido una especie de palco reservado para las personas reales, entre las cuales se espera ver á la Emperatriz de Austria, que debe encontrarse al lado de la ex-reina de Nápoles, Francisco II, los ex-duques de Toscana, los duques de Parma y la Reina de Wurtemberg. Debajo de los cardenales, en la misma plataforma, habrá cinco asientos en cada lado para otros tantos patriarcas. Toda la plataforma está cubierta de bayeta verde en



Monseñor Fessler, secretario general del Concilio ecuménico.

tanto que los asientos destinados á los cardenales están forrados de una cosa que parece tapicería de color carmesí, y es preciso confesar que el conjunto presenta un golpe de vista magnífico. Siete filas de bancos colocados á cada lado de los asientos de los cardenales ofrecen sitio cómodo para 616 arzobispos y obispos, número mayor del que se espera, sin embargo de que si fuere necesario se podrían colocar unos ciento mas en el salón. Todos estos asientos están forrados de rica tapicería verde de Bruselas con flores de color de naranja, mientras que los remates de los bancos están adornados de franjas de paño de color de púrpura. Cada uno de los individuos del cuerpo episcopal tiene delante dos pupitres que puede subir ó bajar á medida de su deseo; los de los cardenales son portátiles y únicamente harán uso de ellos en las sesiones secretas.

Permitidme terminar mi descripción respecto á este asunto diciéndoos que los arzobispos ocuparán los bancos de las filas superiores, y que así ellos como los obispos se colocarán por orden de antigüedad en sus respectivos nombramientos. Además de estos eclesiásticos de alta categoría habrá un número determinado de personas que asistirán á las sesiones generales del Concilio y nada mas. Hay nombrados 23 taquígrafos elegidos entre los de mas nota de los diferentes colegios y entre todos han de poseer los distintos idiomas que se hablen en esta asamblea. Estos taquígrafos se sentarán en el centro; cada uno de ellos escribirá cinco minutos, despues de los cuales se retirará á una habitacion especial á copiar sus notas. Hacia el centro del salón y encima de los obispos hay dos órdenes de galerías. En la inferior de la izquierda se sentarán los teólogos y en la superior los individuos del cuerpo diplomático. En la galería inferior de la derecha, que está dividida en dos compartimientos, ocuparán uno de ellos los cantores y el otro los procuradores de los obispos que no hayan podido asistir al Concilio. Encima de esta galería hay otra reservada para los consultores pontificios y teólogos.

Ahora que he determinado el sitio de cada uno de los miembros de esta augusta asamblea, permitidme que os describa las decoraciones del salón que son por cierto muy apropiadas, de buen gusto y de bastante mérito. Los tapices y alfombras los he mencionado ya, y por consiguiente réstame tan solo hablar de lo que se relaciona con las bellas artes. Hay algunos cuadros de asuntos característicos, y aunque no figuran en demasía, bastan sin embargo para dejar bien adornadas las paredes del salón. Encima del trono del papa, por ejemplo, se ve un gran cuadro que representa el descenso del Espíritu Santo y el don de las lenguas en la fiesta de Pentecostés. Este lienzo es obra del artista señor Piatti, jóven romano. A la derecha está representado el Concilio de Efezo, del caballero Nobili, romano tambien, y á la izquierda otro cuadro del concilio de Trento, debido al pincel del señor Antonio Benini, de Ferrara. Un poco mas allá, encima de la galería destinada al Cuerpo diplomático, se ve un gran cuadro del Consejo de Nicea, obra del señor Me, romano, y enfrente, encima de la galería superior, hay otro cuadro de grandes dimensiones que representa el Consejo de Jerusalem, hecho, si mal no recuerdo, por el señor Silverio Cappani. Al rededor de la parte de la iglesia comprendida entre la tumba de San Pedro y los altares de San Processo y San Martiniani aparecen dos órdenes de nichos, de los cuales los inferiores están ocupados por estatuas. Los superiores están ahora ocupados con cuadros de gran tamaño de San Crisóstomo, San Agustín, San Gerónimo y San Ambrosio. Encima de estos nichos hay medallones con las testas de 22 papas que han presidido ó convocado concilios. Son copias de las que existen en la iglesia de San Pablo.

No se ha omitido nada respecto á los demás pormenores para la conveniencia de los que deben asistir á la asamblea. A la izquierda del gran salón, hay una puerta que conduce á una habitacion donde está situado el altar de Santa Petronila, en la cual los obispos pueden cambiar sus trajes; habrá tambien en ella un buffet y un cuarto para los taquígrafos. Los leones de Cánova están como de guardianes á la entrada de las habitaciones destinadas para lavarse, las cuales están provistas de todos los objetos mas modernos. A la izquierda del salón del Concilio, en lo que se llama usualmente la capilla de la Madona, hay habitaciones arregladas para los mismos usos aunque mas modestas. Corre el rumor general de que el salón no reúne muy buenas condiciones acústicas; sin embargo de que no me considero juez competente en esta materia, debo decir que un caballero empleado desde hace tres meses en este sitio me ha asegurado que los ensayos hechos recientemente con aquel objeto han dado resultados satisfactorios; seguridad que me ha confirmado el jefe estenografista. Pero si hubiera algun obispo que por razon de su edad ó por falta de salud no pudiese hacerse oír á cierta distancia, se permitirá que se sienta junto á él un taquígrafo. Por último, debo añadir que el presidente de la comision encargada de la direccion de las obras es monseñor Theodolini, que el señor Spagne ha estado al frente de la seccion administrativa y que el arquitecto es el señor Vespignani.

A. D.

EXPOSICION DE OBJETOS DESTINADOS AL CULTO CATÓLICO.

Va á empezar en Roma la Exposicion de todas las industrias y manufacturas que se aplican al servicio del culto católico para examinar lo mejor que en lo pasado y en lo presente se elabora con este objeto.

Por este carácter se distingue la Exposicion romana de las otras que han tenido lugar hasta ahora. Destinadas estas á poner de manifiesto las relaciones de las artes á industrias entre sí, y de unas y otras con el grado de civilizacion y poder de las diversas naciones concurrentes, se han propuesto por objeto final aumentar el bienestar material de los pueblos. Ordenada la presente á revelar lo que pueden el arte y la industria inspirándose en el sentimiento religioso, enseñará palpablemente la maravillosa eficacia de este sentimiento para guiar al genio hacia el bello ideal, y levantará al propio tiempo el espíritu del espectador á una mas sublime esfera de ideas. Otro de los frutos que reportará esta Exposicion será indudablemente el reducirse de aquí en adelante á mayor uniformidad y mas exquisito gusto artístico los objetos usados para el culto por los prelados de la confrontacion de los que se presenten.

El local escogido para la Exposicion son los grandes claustros de la Cartuja de Santa María de los Angeles en las termas de Diocleciano, habiéndose emprendido tiempo há las obras necesarias para que correspondan al nuevo objeto á que se destinan.

Para los artistas é industriales de ese pais á quienes no les hubiese llegado á mano el reglamento de esta Exposicion, y desearan tomar parte en ella, resumiremos las disposiciones que mas pueden interesarles.

Todo lo relativo á la Exposicion está sometido al ministerio de Comercio y Obras públicas. Los objetos que abraza son principalmente del período moderno, desde el renacimiento hasta ahora; pero se reservará una seccion especial para las obras de la edad media. Se dividirán en las clases siguientes:

1.ª Utensilios y vasos sagrados.

2.ª Vestiduras.

3.ª Obras de bellas artes que tengan por objeto el culto católico ó representen asuntos cristianos.

4.ª Obras de industria para ornamento de las iglesias.

Una comision nombrada por el ministro tiene á su cargo juzgar de las obras que han de admitirse, clasificarlas, señalarles lugar, revisar los anuncios que los exponentes quieran fijar junto á ellas, dirimir cualesquiera reclamaciones que se susciten y acordar los premios.

La Exposicion se inaugurará el 4.º de febrero del próximo año y terminará el 4.º de mayo del mismo. Los que quieran tomar parte en ella ó como autores ó como poseedores de objetos comprendidos en la clasificacion traserita, deberán presentarlos antes del 16 de enero inmediato; pero aun despues de este tiempo podrá lograrse la admision, obteniendo permiso especial del ministro.

El exponente disfrutará gratuitamente del local que se destine para sus obras, de un billete personal de entrada por mientras esté abierta y queda exento del impuesto de aduanas, ya para la introduccion, ya para la exportacion de las obras que procedan del extranjero: todos los demás gastos corren de su cuenta.

Todos los exponentes para que sean admitidas sus obras deberán dirigir un memorial al ministro de Comercio y Obras públicas, expresando su nombre y apellido, el punto de su residencia, cualidad de los objetos que deseen exponer y su medida métrica. Acompañará á dicho memorial una descripción de los objetos y las noticias históricas correspondientes, si por su naturaleza fuese esto menester, á fin de que pueda hacerse en el catálogo el uso conveniente de tales reseñas.

Para disfrutar de la exencion del impuesto de aduanas, deberán los objetos que se envíen llevar en su cubierta exterior la contraseña G. R. y en el interior una copia del memorial y descripción presentados al ministro. A este deberá avisarse del arribo de los objetos refiriéndose á la instancia anteriormente presentada, y una vez admitidos no podrán sin permiso especial extraerse de la Exposicion antes que esta se cierre.

El dia en que esto se verifique se adjudicarán en solemne forma los premios, medallas y diplomas á los expositores que, á juicio del jurado, se hayan hecho á ello acreedores.

El amor criminal en la literatura.

Cinco poetas distinguidos han presentado en épocas diferentes la revelacion de un amor criminal; y como la manera de ejecutarlo está tan enlazada con la cultura del siglo y del pais de los escritores, no carecerá de interés el hacer un ligero paralelo de todos ellos, estudiando al mismo tiempo su mérito literario respectivo, y los diferentes medios que las costumbres de su tiempo sugirieron á cada poeta.

Eurípides el primero, en su *Hipólito coronado*, supone que Venus enciende el corazón de Fedra en amor de su hijastro Hipólito. Esta víctima inocente, sacrificada á la venganza de la diosa, sufre en silencio sus tormentos, se consume, y á nadie revela la causa de su mal. En medio del frenesí que la agita, su nodriza inquiere la causa de aquella enfermedad; y pronunciando sencillamente el nombre de Hipólito, la desgraciada amante le encarga que no vuelva jamás á repetirlo. Hostigada despues por repetidas preguntas, y enagenado su ánimo, continúa así:

FEDRA.

¿A qué llaman los mortales amor?

NODRIZA.

A una cosa, á un mismo tiempo muy dulce y muy amarga.

FEDRA.

Por experiencia conozco ambos efectos.

NODRIZA.

¿Qué dices? ¿Amas, por ventura?

FEDRA.

¿Quién es aquel hijo de la Amazona?

NODRIZA.

¿Hablas de Hipólito?

FEDRA.

Tu boca, no la mia, le ha nombrado.

Fedra rechaza los consejos criminales de su nodriza, y le encarga el mayor secreto; pero esta lo descubre todo á Hipólito. La reina llena de despecho, de amor y de vergüenza pone término á su padecer y á su vida.

El carácter de Fedra, supuestas las ideas religiosas de los antiguos, es el de una mujer delicada y virtuosa. Ama á su pesar, combate y sofoca con todas sus fuerzas su pasión. Casi involuntariamente la revela; y cuando contra su voluntad llega á noticia de su hijastro, llena de desesperacion se da la muerte. Aquí se ven pintados bien al vivo el pudor y el respeto conyugal de una matrona griega, y la pureza de las costumbres del siglo de Eurípides. Discípulo este de Anaxágoras, y amigo de Sócrates, era severo en sus principios; pero sin embargo de su rigidez, supo encontrar, mas de cuatro siglos antes de Jesucristo, la delicada manera con que Fedra se declara digna de que Racine se la apropiase en la corte de mas galantería que la historia nos ofrece.

Ovidio con la brillantez, riqueza y prodigalidad de su estilo, nos da una idea del refinamiento y de la licencia de la corte de Augusto en su fábula de Mirra. Enamorada de su padre Ciniras, desea declarar su pasión y no se atreve. Cansada de luchar en su interior, determina matarse; su nodriza la disuade de su propósito, y le proporciona los medios de que engañado su padre pueda consumir su criminal deseo. Ya vemos en Ovidio un siglo razonador, desmoralizado y poco exigente en punto á modestia, pero rígido observador de ciertas reglas convencionales de decoro.

Séneca floreció despues, y en su tiempo llegó la sociedad romana al último término de la corrupcion. La tragedia de *Hipólito* bastaria para probarlo, si la historia no lo asegurase. Fedra no lucha con su pasión como en Eurípides; no hace de ella un misterio; se complace en recordarla, y solo desea satisfacerla. La nodriza, mas cauta, procura disuadirla de su propósito, y pone á su vista sus fatales consecuencias de llevarlo á cabo. Insta, apura toda clase de argumentos, y solo consigue por último que se resuelva Fedra á perecer. Cuando la ve firme en la alternativa de morir ó amar, se presta, para conservar sus dias, á servirle de tercera. Fedra impaciente no le deja tiempo para hacer la fatal declaracion; se dirige ella misma á Hipólito, y cae desmayada á sus piés. Vuelta en sí, exclama:

FEDRA, aparte.

¿Quién me entrega de nuevo á mi dolor? ¿Quién excita otra vez en mi alma tan atroz borrascas? ¡Oh, cómo conseguí escaparme de mí misma! Pero ¿por qué perder el bien que me ofrece mi vida recobrada? Animo, no desmayes, prosigue; cumple audaz tu propósito. Imprime la debida osadía á tus palabras. Quien tímido suplica, enseña á negar. Muy adelante me encuentro en el camino del crimen; tarde es ya para arrepentirme. Apasionada, frenética, concebí un delito; si llego á perpetrarlo, acaso el hacha nupcial lo purificará. El éxito muchas veces honesta las maldades. Ea, pues, corazón, empeemos. (*A Hipólito*) Prestadme oído á solas por un momento; tengo que hablarte.

HIPÓLITO.

Madre, confía tus cuitas á mis oídos.

FEDRA.

¿Qué nombre tan solemne el de madre; es demasiado imponente: mi pasión exige otro nombre mas modesto. Llámame tu hermana, Hipólito, ó tu sierva; mas bien tu sierva, te serviré contenta. Si te place llévame por montañas de hielo, atravesaré impávida las heladas cumbres del Pindo. A tu voz me arrojaré intrépida en medio del fuego, en medio de las haces enemigas, y daré mi pecho á sus espadas. Tuyo es el cetro confiado á mis manos; recíbeme por tu esclava. A tí te toca mandar; á mí solo obedecerte. Una débil mujer no alcanza á sustentar el peso del imperio de tu padre. Tú que gozas de toda la lozanía de la juventud, opon tus robustos hombros á tanta mole; protege tus súbditos, y ampara en tu seno á esta tu sierva suplicante.

HIPÓLITO.

Explicáte con claridad.

FEDRA.

Mi corazón inflamado se ve abrasar por el amor, y por un ardor desconocido. Un fuego voraz corre por mis venas, y consume mis entrañas cual la llama veloz devora un árido madero.

HIPÓLITO.

El vasto amor de Teseo agita sin duda tu ánimo.

FEDRA.

Así es, Hipólito: amo el rostro juvenil de Teseo, aquel rostro en cuyas megillas apenas apuntaba el primer bozo cuando penetró en la intrincada mansión del Monstruo de Creta, y con el hilo pródigo volvió á encontrar la salida. ¡Qué brillantez la suya! El tímido pudor coloraba su semblante. Vigorosos músculos ostentaban sus brazos. Era su cara la de Diana ó la de Apolo, ó mas bien la tuya... Tu hermosura desaliñada es aun superior. ¡Cómo realza la altivez de tu madre, la noble gallardía de tu padre! Esa rigidez escéptica, ¡qué bien se hermana con la dulzura griega! ¿Por qué no penetraste en el mar Cretense en vez de tu padre, y mi hermana hubiera hilado para tí el hilo salvador?... A tus piés, Hipólito, miras una hija de reyes esclarecidos. Pura sin mancha, inocente, el amor solo me hace criminal. Postrada á tus plantas, suplicante, espero el fin de mis congojas ó el término de mi vida. Compadécete de mi pasión.

Eurípides no hubiera logrado interesar á sus oyentes en favor de una mujer tan resuelta y tan falta de modestia. La corte de Augusto se hubiera ofendido al ver declarada tan sin rebozo una pasión. En tiempos de costumbres relajadas y de cultura en el gusto, se exigen mas que nunca las apariencias del pudor. La razón no se ofende al ver ultrajada la moral; pero pide en las palabras y en los modales cierta delicadeza, cierto decoro. La virtud entonces es como un soberano que abdica la corona, ha perdido el mando, pero se le tributa veneración y respeto. En los tiempos de Neron la licencia habia llegado á su colmo. Los miramientos y el respeto conyugal de una mujer apasionada, como los pinta Eurípides, hubieran parecido escrúpulos ridículos, y las reticencias y circunloquios de Mirra una vana afectación. El pueblo romano pedía una declaración directa, franca y terminante acompañada de súplicas y de lamentos. Es preciso confesar que Séneca desempeñó admirablemente su objeto, y que la escena seria completa habiendo suprimido las impertinentes declamaciones de Hipólito, y la circunstancia mal preparada de abandonar este su espada sin mas motivo que necesitar el poeta de una prenda en manos de Fedra para apoyar su calumnia.

Con mayor talento poético que los anteriores tuyos presentes á los tres Racine, y los imité á todos superándolos. Para satisfacer al público parisiense no le convenia dar á Fedra la virtud inflexible de la tragedia griega, ni como Mirra hacerla decorosa en las formas y viciosa en la realidad, ni tampoco presentarla como Séneca, resuelta criminal y calumniadora. En un siglo como el de Luis XIV, siglo de galantería y de gusto, siglo delicado y religioso, era preciso pintarla virtuosa, apasionada, noble, nunca criminal aunque llega á desear el incesto, y sobre todo limpia de la atroz mancha de la calumnia con que está ennegrecida en la tragedia latina.

En la tercera escena del primer acto, Enone arranca de Fedra el secreto fatal. Esta última, despechada, cansada de combatir con una inclinación involuntaria, la descubre al fin, despues de haberse resistido á ello, y la descubre no para satisfacerla, sino para que su mal comunicado encuentre alivio. La Fedra de Racine es aquí inocente, pura, comola de Eurípides, y ardiente, pundonorosa como la Mirra de Ovidio. De ambos poetas ha tomado los principales rasgos, y á ambos ha excedido.

En el segundo acto está la famosa escena de la declaración. Racine tuvo el talento de prepararla, haciéndole anunciar previamente á Fedra la muerte de Teseo. Aun creyéndose viuda necesita que Enone la anime, y con varias razones de interés público y privado la persuada á declararse. Con estos antecedentes se estimó autorizada para satisfacer su pasión sin faltar á sus deberes. Séneca ha dado el modelo de esta magnífica escena; pero el imitador francés la ha perfeccionado sobremanera. Preseindiendo de la versificación y del estilo, en que deja muy atrás al poeta latino, tiene el mérito de haber hecho verosímil la declaración de Fedra conservándola virtuosa, de hacer que ella desesperada arranque á Hipólito para matarse su espada, y de haber añadido bellezas originales muy superiores. Enone es en Racine la calumniadora, y no afea tan negro borron el noble carácter de la reina.

Pasemos ya á un mundo enteramente distinto, á una época que en nada se parece á ninguna de las anteriores, al siglo de Calderon. En su comedia *los Cabellos de Absalon*, hay en la primera jornada una situación idéntica en el fondo á las anteriores, aunque tratada de un modo muy distinto. Amon ciegamente enamorado de su hermana Tamar, yace enfermo y desfallecido. Entra ella en su cuarto á visitarle, y le pregunta la causa de su padecer. El le confiesa que es un amor imposible; le refiere sus temores de ofender al objeto de su cariño, y prosigue así el diálogo:

TAMAR.

Declarate, pues.

AMON.

No puedo.

TAMAR.

¿Por qué?

AMON.

Porque temo y dudo.

TAMAR.

Dí tu dolor.

AMON.

Estoy mudo.

TAMAR.

Sepa tu mal.

AMON.

Tengo miedo.

TAMAR.

Habla.

AMON.

Absorto al hablar quedo.

TAMAR.

Escribela.

AMON.

Es ofendella.

TAMAR.

Hazla seña.

AMON.

Tiemblo al vella.

TAMAR.

¿Es mas que una mujer?

AMON.

Sí.

TAMAR.

Pues quéjate, Amon, de tí.

AMON.

No haré, sino de mi estrella,
Cuyo influjo es tan severo,
Que á morir, Tamar, me obliga,
Antes que á mi dama diga:
Tú eres el dueño que quiero,
Tú la gloria por quien muero,
Tú la causa por quien lloro,
Tú á quien explicarme ignoro,
Tú la deidad á que aspiro,
Tú la belleza que admiro,
Tú la hermosura que adoro;
Compadécete de mí,
Hermoso imposible, pues
Tan rendido á tí me ves,
Que me ves morir por tí.

TAMAR.

Basta, no mas; que si aquí
Te dí ese consejo, fué
Solo animándote á qué
Lo digas á ella, no á mí.

AMON.

Pues haz cuenta, que tú eres
La hermosura por quien muero,
Para ver si á su desden
Sabré declararme yo.

TAMAR.

Yo haré mi papel; mas no
Sé si lo sabré muy bien.

AMON.

Hermoso imposible, á quien,
Desde que en un jardín ví,
La vida y alma rendí,
Que ahora de nuevo te ofrezco;
Si bien lo que yo aborrezco
No es dádiva para tí;

Deste atrevimiento mio
No tengo la culpa yo,
Porque en mí solo nació
Esclavo el libre albedrio.
No sé, qué planeta impio
Pudo reinar aquel dia,
Que aunque otras veces habia
Tu beldad visto, aquel fué
El primero que te amé,
Bellísima Tamar mia,
Mas ¿qué he dicho?

TAMAR.

Tente, espera,

Mira, que yo haciendo estoy
la dama, y Tamar no soy.

La sociedad en tiempo de Calderon estaba exclusivamente dedicada al placer. Una reunion de circunstancias, cuyo exámen no corresponde á este lugar, habia paralizado los progresos de la razón en España. El caudal de conocimientos legado por la antigüedad, y los aumentos debidos al genio moderno, andaban entre las manos de nuestros abuelos sin que pensaran en aplicarlos, ni en darles mayor ensanche. Las verdades mas trascendentales de la moral y la política, las miraban como nosotros los experimentos de física recreativa. Leían la historia de los sacudimientos y trastornos sociales con el mismo embeleso y con el mismo provecho que las estupendas acciones de los caballeros andantes. En la vida política se dirigian mas por el instinto y por la fuerza del hábito, que por la reflexión.

Este conjunto de circunstancias no debia producir pasiones profundas, sino un galanteo superficial y caprichoso. La hoguera del amor no la sostenian brasas inextinguibles, sino llamas deslumbradoras y pasajeras. Así es, que en nuestras comedias antiguas esta pasión no es nunca un volcan que á su pesar revienta; casi siempre es un medio de satisfacer la vanidad, el apetito, ó un homenaje tributado al espíritu del siglo.

Amon está poseído de un vehemente deseo, tanto mas violento cuanto mas obstáculos se le oponen. Pugna por superarlos; logra vencerlos, y se disipa como el humo anterior de su cariño. Un hombre verdaderamente apasionado no hubiera hecho una declaración tan artificiosa ni tan engalanada; pero es muy conforme á la especie de amor que nuestros cómicos atribuyen á sus galanes, y está llena de ingenio, de bellezas líricas y de originalidad.

No comparemos á Calderon con Racine, porque seria muy injusto el cotejo. Los dramáticos españoles atendian mas al efecto tal de una comedia, que al de una situación aislada. Contribuia mucho á ello el no dividir en escenas sus jornadas.

Reasumiendo todo lo dicho anteriormente, observaremos que el poeta griego debió prestar á su heroina una virtud inflexible; Ovidio intemperancia y decoro; Séneca debió hacerla viciosa y procaz; Racine tierna, vehemente y modesta; á Calderon le tocaba pintarnos la galantería ingeniosa y superficial de su tiempo. Cada cual se ha penetrado bien de la nación y de la época en que escribía, y ha desempeñado superiormente su objeto.

J. MORALES SANTISTEBAN.

M. Emile Ollivier.

De todos los hombres políticos de Francia, M. Emile Ollivier es quizá el único cuyo carácter y fisonomía sean completamente originales, sin afinidad ni semejanza con ningún otro.

Todo en él tiene un sello distintivo. Sus cualidades como sus defectos le son propios. Sus palabras y sus actos no se confunden con los actos ni las palabras de nadie. Y el rasgo peculiar de su naturaleza, es que posee en alto grado el valor, por no decir la temeridad, de su opinión y de sus acciones.

Pocos hombres han sido mas discutidos y atacados, como si su persona, su pensamiento y su conducta debiesen aclararse á los ojos de todos. Y sin embargo, no ha sido así: quizás no hay otro hombre menos conocido y comprendido. Amigos y enemigos, todos los que han emprendido el análisis de su carácter, le han visto y pintado al través del velo movedido de los sucesos, al través de las confusas evoluciones de una política sin dirección y sin lógica. Porque en esa aglomeración de impulsos contrarios y de expedientes variables cuyo terreno cambiaba á cada instante, porque en esa inestabilidad universal de las cosas, su posición relativa parecia cambiada tambien, le creyeron voluble, complejo, como dicen los mas benévulos de sus adversarios.

Es muy comun esta ilusión de óptica. No hay un viajero que no la experimente y que no se pregunte si es él quien anda ó si los árboles del camino corren á su encuentro.

Recordando estas aparentes variedades de actitud, decia un diputado estos últimos dias, hablando con otro que tenia á M. Ollivier por una veleta dando vueltas á la derecha y á la izquierda:



M. EMILE OLLIVIER.

— Olvidais una cosa, que no es la veleta que cambia, sino el viento.

El dicho pertenece á Camilo Desmoulins; pero es siempre oportuno.

M. Emile Ollivier no ha dado mas que un paso en su vida, un paso decisivo, que fué un cambio de direccion, la entrada en una via nueva, y fué el dia de que saliendo de la abstencion, prestó juramento y entró en el Cuerpo legislativo. Aquel dia rompió con su política irreconciliable, tuvo valor para decir lo que pensaban muchos, á saber: que la forma de los gobiernos es indiferente, en cuanto pueden trasformarse sus principios y sus acciones. Abandonando la idea de la revolucion violenta, fué el primero que emprendió la revolucion pacífica, legal y pacíficamente consumada, fué el primero que la formuló en estos términos: « La libertad sin la revolucion. » Una vez que entró en esta via, no ha vuelto á salir de

ella, y á esa concepcion lo ha subordinado todo, se ha comprometido valerosamente hasta perder á los ojos del público el beneficio de su cualidad dominante que es la honradez, y así es que le han clasificado entre los desertores políticos.

Su apariencia exterior no es simpática: su rigidez desconcierta, y su miopía da á su mirada una expresion sin dulzura. Hay que verle y conocerle de cerca para apreciarle debidamente.

Sea como quiera, M. Emile Ollivier es el hombre de la situacion desde que el emperador le dirigió el 27 de diciembre la siguiente carta:

« Señor diputado:

» Habiéndome dado su dimision los ministros, me dirijo con confianza á vuestro patriotismo para rogaros me

designéis las personas que pueden formar con vos un gabinete homogéneo, que represente fielmente la mayoría del Cuerpo legislativo, y resueltas á aplicar, en su letra como en su espíritu, el senatus-consulto del 8 de setiembre.

» Cuento con la adhesion del Cuerpo legislativo á los grandes intereses del pais, como con el vuestro, para ayudarme en la tarea que he emprendido de hacer funcionar regularmente el régimen constitucional.

» Creed en mis sentimientos.

» NAPOLEON. »

M. Emile Ollivier parece lisonjarse de reunir una mayoría de 480 votos en el Cuerpo legislativo; entre tanto ha logrado formar un nuevo ministerio, en el que han entrado las notabilidades del centro derecho y del centro izquierdo.

J. V.



SINIESTROS MARÍTIMOS. — Naufragio del vapor Seine-et-Tamise N° 2, á la entrada del puerto de Fecamp.

Naufragio del vapor *Seine-et-Tamise*

EN LA ESCOLLERA NORTE DEL PUERTO DE FECAMP.

El bonito vapor *Seine-et-Tamise* No 2, que hace ordinariamente la travesía entre el puerto Saint-Nicolas y el de Londres, había salido del primero de estos puertos el domingo 12 de diciembre con un cargamento compuesto principalmente de azúcar en pilon y objetos religiosos para las misiones francesas de la China y el Japon. Despues de hacer una corta escala en Ruan, continuó su viaje el 16 por la mañana y doblaba el cabo de La Heve con una mar alborotada y cuando el barómetro indicaba la aproximación de una fuerte ventolera. El capitán se decidió á refugiarse en el puerto de Fecamp, á cuya vista llegó al caer la tarde. Aunque llegaba casi al fin de la marea baja, había bastante agua todavía en el canal donde no vaciló en entrar; mas en aquel instante una oleada monstruosa arrojó al buque á la escollera Norte sobre unas rocas: el vapor estaba perdido. Cada oleada le levantaba y le dejaba caer sobre las peñas en donde había encallado. Ya no se pensó mas que en salvar á la tripulación. El capitán del puerto M. Viellot, organizó inmediatamente el salvamento, ayudado por los hombres de buena voluntad que nunca faltan en tales ocasiones: echaron escalas que, por desgracia eran cortas, y los tripulantes debieron saltar por unas cuerdas que les arrojaron desde la orilla.

Durante la noche el buque, aunque bien amarrado á proa y á popa, fué tan combatido por las olas en la marea alta, que rompió sus amarras y llevado por la corriente se atravesó en el canal dejándole obstruido: con la marea baja se pueden ver aun los restos del *Seine-et-Tamise* que los parisienses conocen perfectamente y que era como un rasgo de union entre las dos grandes capitales europeas. Es el primer siniestro que haya experimentado este servicio internacional desde su creación que tiene ya diez años de fecha. P. B.

Revista de Paris.

Paris está de descanso por algunos dias, y se ocupa en ajustar las cuentas de lo que le ha costado en 1870 la célebre fiesta de año nuevo. Mientras el comercio se queja de que se ha hecho poco gasto ¿cuándo está contento el comercio? el particular deplora el rudo ataque que acaba de sufrir su bolsillo. Lo cierto es que este año no hemos tenido ninguno de esos juguetes que apasionan á los parisienses y se venden á miles en la calle. La única novedad que hemos visto consiste en unos pañuelos donde están representados los diputados por Paris; pero como no á todo el mundo le interesan las cosas políticas, la coleccion de retratos en seda ha tenido poco éxito. Si se hubiese podido vender un Troppmann pintado ó esculpido, en fotografía ó en madera, habría sido otra cosa. Troppmann está siendo hace meses el gran objetivo de la curiosidad pública. Lo mismo ahora que se halla condenado á la pena capital, que cuando se instruía su proceso, Troppmann es el héroe por excelencia de la crónica parisiense. Todos los dias los periódicos nos cuentan cómo ha pasado la noche, qué es lo que ha comido, y sobre todo, cuáles son las palabras que han salido de su boca. Ayer se nos ha hecho una revelación que nos ha dejado atónitos: Troppmann es poeta. Sí, el asesino de la familia Kinck ha pedido como un gran favor que le dejen las manos libres para escribir versos. Figúrese el lector si se habrán leído con avidez estas composiciones del condenado á muerte. Afortunadamente, lo que es por su inteligencia no puede interesar á nadie, pues su poesía, como su prosa dan á conocer que no posee ni los rudimentos mas elementales de la ortografía. Esto por lo que hace á la forma: en cuanto al fondo, trabajo costaría encontrar en sus frases tabernarias la sombra de una idea. Además, se ve bien claramente que la conmoción está reñida con su naturaleza, cuando escribe sus despedidas al director de la cárcel ó á su defensor por lo bien que aquel le ha tratado y este le ha defendido: Troppmann no puede inspirar mas que horror, y su literatura patibularia no desvanecerá ni amenguará en lo mas mínimo ese sentimiento.

A propósito de las cosas de año nuevo, hace años ya que se viene tratando en Paris la cuestion de concluir de una vez con una costumbre, y es la de felicitarse la gente por medio de tarjetas.

Ocho dias antes y ocho dias despues del primero de enero, los parisienses reciben y envian tarjetas, que en correos se cuentan por millones. Cada vez que llega el cartero deja un paquete; pues la administracion de la posta ha tomado la determinacion de repartir el trabajo á razon de tantas por dia, para facilitar y hacer llevadera la tarea de sus empleados, que seguramente ganan sus aguinaldos solo con este colosal servicio de la distribución de tarjetas.

Ahora bien, como ya en ciertos países extranjeros se ha

sustituido esta costumbre con la de entregar para los pobres una ofrenda á las cajas filantrópicas, se había creído que Paris se decidiría á seguir tan bello ejemplo; pero ¡ay! no ha sucedido así, muy al contrario, el cambio de tarjetas ha tenido este año las mismas proporciones que de costumbre, por no decir que ha ido en aumento.

Y sin embargo, la reforma en cuestion, fuera de Francia hace progresos.

Los periódicos de Bruselas nos traen las listas de las personas que han optado por la ofrenda á los pobres, en vez de la tarjeta á los amigos.

Y en Bruselas no ha sido nada en comparacion de lo que ha sucedido en diferentes ciudades de los Países Bajos y de Alemania.

En Rotterdam hace ya muchos años que funciona el nuevo sistema, debido á la iniciativa de la prensa.

En Luxemburgo se puede decir que la tarjeta de año nuevo ha caido completamente en desuso, á juzgar por la lista de personas que este año se han emancipado del fastidioso abuso mediante la suscripción á beneficio de los pobres, pues en esa lista figuran todas las notabilidades de la ciudad, como por ejemplo, el ministro de Estado, presidente del gobierno, el secretario del rey gran duque, los directores generales de los asuntos comunales, de justicia, hacienda y contribuciones; los presidentes de la Cámara de diputados, del consejo de Estado, del tribunal de Apelacion, los magistrados, los consejeros del tribunal de Cuentas, médicos, abogados, ingenieros, industriales, comerciantes, militares, sacerdotes, y hasta el presidente del seminario.

¡Qué lástima que tan bello ejemplo no se siga en Paris, tanto para vernos libres de la enojosa costumbre, como para proporcionar á los pobres la abundante cosecha que recogerian si todos los que mandan tarjetas diesen en su lugar una limosna!

Pero por lo que hemos visto este año, no está próximo el dia en que tal cosa suceda.

Sabido es que á las felicitaciones de año nuevo siguen inmediatamente las primeras fiestas de la temporada.

Ya la corte ha dado el ejemplo con un gran banquete, que segun nos dicen los cronistas oficiales, ha estado muy brillante.

Una particularidad se ha notado en él, y es que ningun ministro formaba parte de los convidados, pues los antiguos habian dejado de serlo ya, y los nuevos no estaban nombrados todavía.

Ya se habla de bailes en Tullerías; pero aun no se ha señalado los dias en que tendrán lugar: pronto, sin embargo, sabremos el programa.

Tambien la Ópera se dispone á abrir sus puertas á las máscaras.

La ocasion es propicia para recomendar la lectura de una obrita que M. Jules Frey dedica á las señoras.

¿Qué asunto, con efecto, puede ser mas interesante?

El autor ofrece en su trabajo el resultado de sus estudios para la conservacion de la hermosura.

Segun la teoría de M. Jules Frey, la verdadera belleza es relativa al clima de cada país y al sentimiento de cada individuo, y afirma que hay clases de belleza que no agradan, en tanto que la gracia, independiente hasta cierto punto de la hermosura propiamente dicha, agrada siempre.

Y pone este ejemplo.

Cuando una mujer dotada de una belleza perfecta bajo el punto de vista académico hace su entrada en un salon, todas las miradas se fijan en ella, todos los homenajes son para ella.

En su derredor se forma un círculo de admiradores que cantan sus alabanzas.

Pero ¿cómo es que poco á poco los apasionados van huyendo uno á uno para agruparse en torno de otra mujer que, sin ruido, modestamente, se ha introducido en la misma sala?

La razon es muy sencilla: es que la primera posee la hermosura y la segunda la gracia.

La una atrae durante un instante, en tanto que la otra cautiva durante largo tiempo.

M. Jules Frey cree que la mujer graciosa es la que tiene mas derechos á nuestra simpatía, porque no debe sus ventajas mas que á sí misma, en razon á que la naturaleza no siempre la ha dotado de cualidades físicas bastante correctas para que pueda figurar en alguna de las clases de hermosura que están reconocidas en todo el mundo.

Una mujer hermosa ó bonita puede no ser graciosa; y hay casos en que la hermosa carece de expresion y de distincion la bonita.

La graciosa por el contrario, domina esas imperfecciones.

El autor del librito á que nos referimos, y cuyas ideas exponemos sin añadir nada por nuestra parte, dice que la mujer graciosa es entre las mujeres lo que la rosa entre las flores de los bosques y el diamante entre las perlas.

La conclusion es la siguiente. Que la mujer sea morena ó rubia, pues parece haber tantas clases de belleza como hay pueblos distintos, podrá siempre ser hermosa relativamente, esto es, segun el clima en donde ha nacido, segun el gusto de los que la rodean y la pasion que pueda inspirar, y esta hermosura depende de su destreza en conquistarla y de su habilidad en hacerla valer.

No se ha descubierto en verdad el secreto de crear la hermosura; pero sí se ha encontrado el medio de prolongar su duracion y de neutralizar con artificios ciertas imperfecciones en la regularidad de las líneas del semblante ó en la delicada transparencia del cutis; y seguramente hay mujeres que consiguen hacerse mas bellas en apariencia de lo que son en realidad.

Tales son las teorías del citado autor en punto á la belleza femenina.

El movimiento teatral de Paris ha sido grande durante el año último.

No ha habido muchas piezas que hayan llamado considerablemente la atencion pública; pero en cambio la cantidad asusta.

Sin cansar á nuestros lectores con la aridez de los titulos, vamos á hacer un recuento por teatros, señalando la cifra total y las pocas producciones que se han distinguido.

En el Teatro Francés se han estrenado seis, y entre ellas deben mencionarse los *Faux-Ménages*, de M. Pailleron; la *Julia*, de Octavio Feuillet, y *Lions y Renards*, de M. Emilio Augier, analizada recientemente en estas revistas.

El Odeon ha tenido mas suerte: de las ocho piezas que ha dado á luz, el *Passant*, comedia en un acto, es una obra maestra, y el *Batard*, que sigue representándose todavía, ha alcanzado un éxito que ha sido uno de los mas ruidosos del año.

La Grande Opera no figura en esta estadística, porque ha vivido y sigue viviendo á expensas del antiguo repertorio. Despues del *Hamlet*, ni hemos visto nada nuevo, ni tenemos noticia de que se prepare nada todavía.

En el Lírico ha habido siete óperas, entre las cuales solo *Don Juan* y el *Bal masqué*, de Verdi, han obtenido alguna aceptación, sin que se pueda decir que por su brillante ejecución han llamado al público.

En la Opera Cómica ha habido cuatro, y de ellas *Reve d'amour*, de Auber, es la única que ha sobrepasado relativamente.

En los Italianos se puso en escena al fin de la temporada anterior, y por consiguiente á principios de 1869, la ópera en tres actos *Piccolino*.

En el Gimnasio, uno de los teatros mas afortunados de Paris, se han estrenado once producciones dramáticas, y entre ellas se han distinguido particularmente el *Filleul de Pom-pignac*, de Alejandro Dumas, hijo, y *Froufrou*, estrenada recientemente, y una de las novedades mas interesantes de estos últimos meses.

En la Puerta de San Martin no se ha visto mas que una, pero que ha bastado para hacer la fortuna del empresario, y es el drama *Patrie*, de Victorien Sardou, sobre cuyo argumento escribe Verdi, en la actualidad, una partitura que, dicen, se destina á la inauguración del nuevo teatro de Opera.

En el Chatelet se han dado cuatro, entre ellas la comedia de magia en veinte cuadros, la *Poudre de Perlinpinpin*, que ha cedido el puesto, en la última semana, á *Raris-Revue*, en cuadro actos y veinte y ocho cuadros.

En la Gaité contamos cinco, de las cuales la mas notable es la *Chatte Blanche*, otra comedia de magia que todavía hace las delicias de los aficionados á este clase de espectáculos.

En el Ambigu ha habido cinco dramas y dos vaudevilles: el *Dompteur*, drama en cinco actos, y el *Héritage fatal*, tambien en cinco actos, han obtenido los favores del público.

En el Palacio Real se han dado nueve comedias y vaudevilles, sin que ninguna de estas producciones se haya distinguido.

En Variedades tenemos catorce entre comedias, operetas y vaudevilles, y este crecido número indica por sí solo que no ha habido el año último una *Duquesa de Gerolstein*.

En el Vaudeville diez y seis, entre las cuales se han llevado la palma *Miss Multon*, tomada de una novela inglesa, y la *Fiebre del dia*.

El repertorio de los Bufos Parisienses crece que es un portento: veinte operetas ó bufonías, ó como quieran llamarse, se han estrenado en este teatro durante la temporada, muchas con gran éxito, como la *Princesa de Trebisonda*, que está haciendo fortuna.

En Folies-Dramatiques ha habido siete, descollando particularmente la parodia del *Fausto* y los *Turcos*, ópera bufa que acaba de estrenarse, y de la cual nos vamos á ocupar en esta revista.

En Delassements-Comiques no se han dado mas de cinco novedades, si bien es verdad que el teatro no se ha abierto hasta el 23 de octubre.

En el del Principe Imperial, abierto tambien muy tarde, el 7 de diciembre, ha habido cuatro, una de las cuales, la principal, que es la comedia en tres actos, de M. Cadol, titulada la *Belle affaire*, ha obtenido, con mucha justicia, un gran triunfo.

En el teatro Dejaset se han dado diez y siete, sin importancia ninguna de ellas.

En el de Cluny, el *Judio polaco*, drama en cinco actos, ha tenido un gran éxito entre las siete comedias estrenadas en la temporada.

En Menus-Plaisirs hemos tenido cinco entre comedias y dramas.

En Fantaisies-Parisiennes se ha estrenado una opereta; en el Ateneo tres, y entre ellas la principal ha sido el *Doctor*

Crispino, traduccion del italiano; en Folies-Marigny, catorce; en Beaumarchais, diez; en el teatro La Fayette, cuatro, y en Nouveautés, cinco.

No contamos los teatros de último orden, ni los de las antiguas afueras de París, que han suministrado también su contingente de producción al movimiento literario y artístico de 1869.

En suma, como hemos dicho al empezar, la cantidad es crecida; pero la calidad es desgraciadamente muy inferior á lo que podía esperarse, cuando en este largo catálogo figuran tantos nombres conocidos y aplaudidos.

El catálogo abunda en producciones líricas, si puede darse tal nombre á la música de Offenbach, y sobre todo de sus discípulos.

Es lo que gusta, dicen los empresarios, y en todas partes en los teatros secundarios se apresuran á poner en escena esas grotescas parodias que corrompen el gusto público.

Después de la *Princesa de Trebisonda*, que se ejecuta en los Bufos, hemos tenido en Folies-Dramatiques, los *Turcos*, ópera bufa en tres actos, de M. Hervé, libro de los señores Cremieux y Jaime, hijo.

El argumento se resiste al análisis, porque no es otra cosa que una sucesión de escenas orientales en caricatura que sirven de pretexto á los autores para esas agudezas de brocha gorda que tanto se aplauden en el día. De lejos, muy lejos, quiere ser una parodia de Racine.

En cuanto á la música, hay diferentes piezas dignas de aplauso, como un cuarteto en el primer acto, y un coro llamado de los Mudos de un efecto grotesco que hace reír al hombre mas grave, si por casualidad un hombre grave se encontrase jamás entre la concurrencia á tales funciones.

Un atractivo bastante poderoso hay en los *Turcos*, y es la aparición de una artista procedente de San Petersburgo, y llamada Mlle Deveria, que cuenta con muchos admiradores de su talento, y sobre todo de su belleza. Esto basta y sobra para hacer la fortuna de ciertas obras de la producción lírico-dramática del moderno repertorio.

El aparato escénico es brillante, y como prueba damos á nuestros lectores una escena del acto segundo, y que representa el *Baño de las Odaliscas*. La decoración, pintada por M. Zara, merece los mas cumplidos elogios.

MARIANO URRABIETA.

Discurso

PRONUNCIADO EL DÍA DE LA APERTURA DEL CONCILIO ANTE EL SUMO PONTÍFICE Y LOS PADRES REUNIDOS, POR MONSEÑOR LUIS PUECHER PASSARALI, ARZOBISPO DE ICONIO, IN PARTIBUS Y VICARIO DE LA BASÍLICA DEL VATICANO.

Santísimo Padre: Elegido para inaugurar la mas santa y la mas grande de las cosas que puede haber en el mundo, sintiéndome incapaz de cumplir con semejante encargo, confieso que, en mi temor, me hubiera apresurado á eximirme de este trabajo, si aquel, que con el imponente resplandor de la plena majestad sacerdotal preside nuestra Asamblea, no me hubiese animado y confortado. Aunque inferior en edad, en talento, en autoridad y en méritos á mis colegas en el episcopado, acepté, sin embargo, humildemente este deber, puesta la confianza en estas palabras del Espíritu Santo: «El hombre obediente contará sus victorias.» (Prov. XVI, 28.)

Además no ha contribuido poco á decidirme otra razón. Nacido en la ciudad donde la Iglesia católica celebró su último concilio, tanto y tan justamente alabado y considerado por todos como un acontecimiento milagroso, he pensado que la divina Providencia que se complace frecuentemente, como sabemos, en jugar con las cosas humanas, me habia dado la preferencia en esta ocasión, por la solicitud del vicario supremo de Jesucristo, á fin de recordarnos, al menos por mi indignidad, las admirables gracias que la Providencia divina esparció entonces por el mundo cristiano mediante aquel concilio, y cuyo recuerdo debe encender en nuestras almas la esperanza castísima de que ella estará también con vosotros, y en sus misteriosos designios dispondrá todas las cosas para el bien de la Iglesia.

Grandemente reanimado por estas consideraciones, cobro aliento para cumplir con confianza con el deber que la obediencia no menos que el designio providencial de Dios me ha impuesto, y para inaugurar esta Asamblea de la Iglesia universal con las palabras de David: «Ibanse tristes echando las simientes, y vuelven gozosos trayendo la cosecha.» (Ps. CXXV, 7, 8.)

Estas palabras, en efecto, me parece que pintan bien á nuestros ojos el triste espectáculo de lo presente y el alegre horizonte de lo porvenir.

Ninguno de vosotros, venerables padres, ignora seguramente que las palabras que acabo de recordar han sido especial y justamente aplicadas por la Iglesia á los apóstoles y á su divina misión. Porque vosotros sabéis, con arreglo á la promesa que Jesucristo les hizo: «os enviaré el que mi padre os ha prometido; pero permaneceréis en la ciudad hasta que estéis revestidos de la fuerza de lo alto» (Lucas, XXIV, 49), de qué manera los

apóstoles, llenos y nutridos del espíritu divino, se pusieron á predicar la doctrina evangélica por toda la tierra.

Sabéis de qué modo, abundantemente provistos por el Verbo de la divina simiente de la doctrina celestial, la sembraron á manos llenas por toda la haz de la tierra, maldita al principio por las faltas del hombre, y convertida en cuarenta siglos, como dice Leon el Grande de Roma, en una selva llena de animales feroces, en un océano de tempestuosas profundidades. Sabéis, y me parece que lo veis aquí con vuestros propios ojos, cómo esos pobres pescadores, privados de todos los auxilios en que se funda la confianza humana, han atravesado sin armas en tierras cercadas de desiertos ó inaccesibles por las montañas, recorrido sin baston y sin alforja reinos y provincias dilatadísimos, y todo (¿quién lo hubiese creído?) por libertar de vergonzosa esclavitud y poner bajo la dominación de la cruz del Señor á naciones bárbaras unas y corrompidas por sus usos y costumbres; enorgullecidas otras por las letras y las ciencias; pero embrutecidas como aquellas por vicios y torpezas de todo género.

En semejante empresa hubieron de sufrir grandes males y rigores, y llevar en paciencia injusticias y persecuciones. Acabárase el día si yo quisiera dibujar todas estas cosas con la palabra, porque son innumerables y casi indecibles. «Ignoro, exclamaba el mismo Crisóstomo, á quien una meditación continua habia, sin embargo, enseñado y revelado todo; ignoro cómo hablar de vuestras aflicciones después de haberlas contemplado, de esas prisiones santificadas por vosotros, de esas cadenas por vosotros honradas, de esos tormentos que habeis soportado, de las maldiciones que habeis sufrido, de Jesucristo que habeis llevado sobre vosotros, de las iglesias que habeis recogido con vuestra predicación.»

En verdad digo que era de los apóstoles de quien cantaba el real Profeta: «Iban llorando, arrojando la simiente.» ¡Pero mirad, venerables padres, el admirable efecto de estas lágrimas apostólicas! Como el rocío nocturno en tiempos de sequía cae gota á gota sobre el árido suelo, y la yerba brota, las hojas verdean, se alzan las flores que languidecian, abriendo su cerrado cáliz y esparciendo en los aires olorosos perfumes; así la simiente de verdad, esparcida en áridos campos, dió, después que los regaron las lágrimas de los apóstoles, frutos tan abundantes, que allí donde no habia mas que una tristísima esterilidad, apareció una fecundidad admirable, y en vez de malezas y espinas se ofrecieron á los segadores copiosas mieses de doradas espigas, buenas para ser hechas haces y llevadas á los graneros del Señor.

Bien sabéis que estos fueron los triunfos alcanzados por los innumerables trabajos de los apóstoles.

En efecto, en presencia de lo abundante de la cosecha, tornáronse las lágrimas en alegría, su júbilo disipó la tristeza, y su corazón debió sentirse inundado de un consuelo tanto mas grande, cuanto mas profunda habia sido la amargura que experimentaron, y mas grande la recompensa que esperaban alcanzar aquellos mismos frutos, cuando se presentasen al dueño de la viña: «Vendrán alegremente trayendo sus haces en las manos.»

Si esto es así, no dudo, venerables padres, que al explicaros las condiciones de los apóstoles, he explicado cuál es hoy la vuestra. Veo, en efecto, que habeis acudido gozosos á esta augusta Asamblea, de los países mas remotos, pero veo también las arrugas de vuestras frentes, vuestras cabezas inclinadas bajo el peso de los cuidados, vuestros corazones abrumados de dolor por la espantosa pérdida de almas causada por el antiguo enemigo del género humano, y por los males todavía mas grandes que prepara para lo porvenir. Veo, digo, que habeis venido á este místico cenáculo á fin de que mancomunando vuestras fuerzas y acuerdos recojais una semilla mas abundante de verdad y justicia. Y en hecho de verdad, no será fallida vuestra esperanza como evidentemente lo demuestra la misma gravedad de las materias de que debe tratar este sínodo.

Y no se me atribuya el intento de adivinar vuestras sapientísimas resoluciones; si fijándome en las líneas luminosas tan extensamente trazadas por nuestro augusto Pontífice, me atrevo á asegurar que se os facilitarán todos los medios para sacar de este sínodo la mas rica abundancia de esta celestial semilla. Se procurará, en efecto, investigar los medios mas convenientes para conducir á esas claras é inagotables aguas del Salvador al pueblo cristiano que bebe hoy en los manantiales envenenados y corrompidos del error, y de qué manera se podrá vigorizar la acción bienhechora de la Iglesia, ora dándole nuevas formas, ora fortaleciéndola con nuevas armas para que, según el fin de su institución divina, pueda penetrar en caminos no recorridos todavía, y abrirse poco á poco nuevos senderos, por cuyo medio pueda con seguridad y eficacia difundirse en cada uno de los miembros del cuerpo místico de Cristo, la virtud y gracia del Paráclito.

Veremos asimismo cómo podrán aunarse de tal manera las fuerzas vivas de los fieles que se sientan capaces de resistir á los furiosos esfuerzos del ateísmo, de la hipocresía y de la impiedad, anularlos, quebrantarlos y destruirlos; de qué manera, en una palabra, se podrá reanimar el espíritu y la vida de los cristianos, de modo que se les haga resplandecer con aquella misma luz divina con que brillaron en la tierra, cuando nuestra religion, esa magnífica y amadísima hija de Dios, purificada por el sacramento del agua y de la sangre que manaron del costado del Salvador, descendió del Calva-

rio para apoderarse del mundo que habia recibido en herencia.

Tal es la idea que debe formarse de esta grande Asamblea. No puede hablarse de ella de otra manera, porque ¿quién podría comprender suficientemente la naturaleza y grandeza de la caridad pastoral que debe surgir de ella como de otro cenáculo? ¿Qué potente manantial de sabiduría no brotará de aquí, cuando uniendo para el bien comun no solo los pensamientos de vuestro entendimiento, sino también los afectos de vuestros corazones, procedáis con el mayor cuidado y examineis profundamente las necesidades tan grandes de la humanidad entera? Indudablemente, al dar por terminada esta grande obra, y al salir de Roma, de esta nueva Jerusalén, para regresar á vuestras diócesis, volveréis enriquecidos con un inmenso tesoro de doctrinas y virtudes.

Los reinos de Europa, las extremidades del Asia y las islas del Océano, los países de Africa y América, os acogerán de nuevo, y os verán, enteramente inflamados del fuego del Espíritu Santo y tornados en hábiles agricultores, desmontar terrenos hasta ahora incultos, sembrando los campos y cavando las viñas para que produzcan nuevos frutos ó los den abundantísimos.

Pero entonces, venerables hermanos, comenzará el trabajo; entonces vendrán las amargas y los dolores sin cuento, y entonces comenzarán á cumplirse en vosotros aquellas palabras de Daniel: «Iban y al caminar echaban por delante la simiente y lloraban.» Porque cuando tengáis que poner mano á la obra veréis con qué enemigos tan poderosos tendréis que combatir. Por un lado los filósofos y los hombres políticos, como ellos se llaman; por otro los príncipes, los reyes y los mismos pueblos formarán una vasta conjuración para hacer fracasar los designios de nuestra piedad y los beneficios de nuestro celo. Y por otra parte, los hombres impíos también se reunirán, y ora profesando abiertamente el ateísmo, ora bajo el manto de una repugnante hipocresía, removerán todas las piedras á fin de arruinar hasta en sus fundamentos la misma religion católica, si esto fuera posible.

¡Ah! ¡Qué combate entrevo próximamente! ¡Qué combate tan prolongado! ¡Cuántos enemigos obstinados é implacables tendremos que vencer! Añadid á esto la llaga, quizá mayor de todas, cual es la indiferencia de la multitud que aflige á la Iglesia de Jesucristo y hace que los países mas cultivados y mas ricos en la vida espiritual se conviertan muy pronto en campos estériles y solitarios, en donde reinen para mucho tiempo la aridez y la muerte.

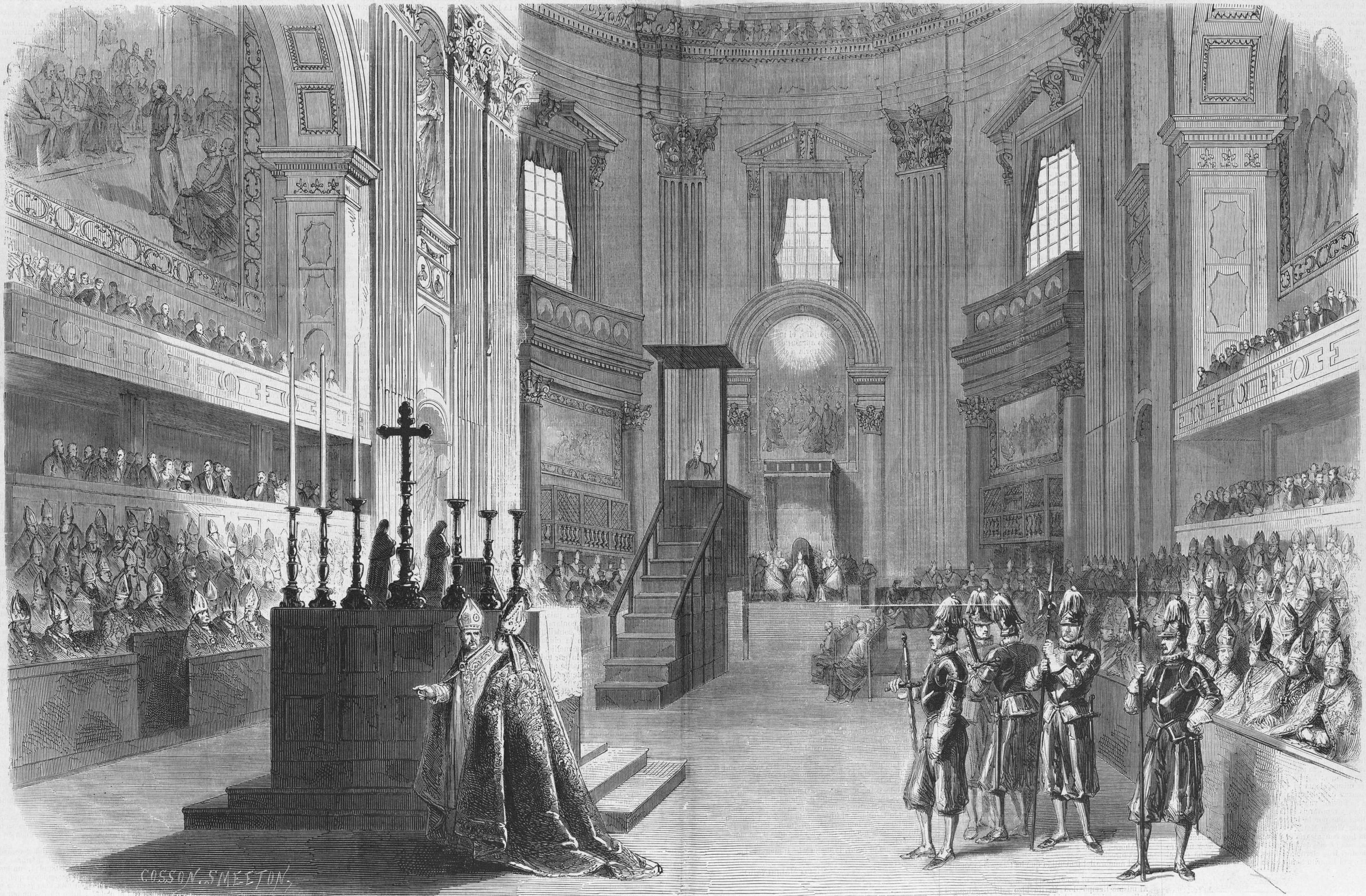
Sobre esas olas embravecidas, y á través de esos escollos peligrosos, tendréis que caminar, venerables hermanos; tendréis que afrontar esas tempestades que nos amenazan y manteneros en medio de ellas como sobre una roca inquebrantable. En medio de ellas es menester que dirijais la nave, hagais un supremo esfuerzo y que apliqueis todo vuestro talento á devolver intacto al padre de familia el bajel que os ha confiado.

Y no hay que extrañarse, venerables hermanos, de que así suceda; vosotros mismos podeis dar testimonio de ellos. Porque vosotros sabéis al menos en parte por experiencia propia y no solamente por lo que á otros ha sucedido, que es imposible que una obra tan grande pueda, no digo ejecutarse con perfección, sino comenzarse siquiera sin que haya que afrontar un vasto océano de penas y de dificultades. Y en verdad, seria preciso no haber aprendido nunca lo que significa la misión de Cristo y á quien se aplica la carga sublime del episcopado, ó bien, y esto seria vergonzoso, ignorar completamente los espantosos males que abruma al género humano, para no descubrir á la primera mirada á qué peligros y á qué contradicciones está expuesto el que lleva sobre sí semejante cargo, y para no temer por el éxito, si uno no está preparado á decir como el doctor de los gentiles: «Entrego mi carne para suplir lo que falta á la pasión de Cristo en su cuerpo, que es la Iglesia.»

Mas ¡oh ilustres padres! haced que nuestra alma sea grande y fuerte, porque si es el designio secreto de Dios que la simiente mística de la doctrina evangélica no puede germinar y crecer y producir hermosa paja y alegres flores, sino regada diariamente por las lágrimas y la sangre de los hombres apostólicos derramadas por la justicia y la verdad, tendremos en abundancia los piadosos y santos consuelos del cielo, porque escrito está: «Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.» (San Mat., V.) No olvidemos que si se ha dicho que los discípulos de Jesucristo y de otros héroes del Evangelio: «caminaban y al marchar arrojaban la simiente y lloraban,» también está escrito: «Vendrán llenos de alegría trayendo las haces en sus manos.»

No olvidemos que si esta palabra profética ha tenido su cumplimiento desde el principio de la Iglesia, de tal suerte que el apóstol ha podido escribir: «De la misma manera que abundan en nosotros los sufrimientos de Cristo, así también abunda nuestro consuelo;» también en vosotros se cumplirá aquella palabra con tal de que animados del mismo espíritu que nuestros predecesores sigáis valerosamente sus pasos, «sabiendo que siendo compañeros en los sufrimientos lo seréis también en los consuelos.» (Ib., v. 7.)

¿No tenemos, por otra parte, en la facilidad verdaderamente maravillosa con que ha podido reunirse este Concilio de los padres de toda la cristiandad, no tenemos una prenda segura de la gran recompensa que, por nuestros trabajos, recibiremos en esta vida y en la que Dios nos prepara en el cielo? ¿Quién no ve que por este acto, tan felizmente comenzado, á pesar de las difícil-



EL CONCILIO ECUMÉNICO. — La sala de las asambleas del Concilio en San Pedro, durante la sesion.

tades de toda clase, Dios ha querido presagiarnos todo lo que tenemos derecho á esperar para lo porvenir, si no ponemos obstáculos á este río de verdad y justicia que pronto se precipitará desde la roca vaticana! Y aquí, séame permitido recordar con tristeza los profundos dolores del padre y de los hijos.

Acogidos como á un refugio á la sagrada sombra del Vaticano, considerábamos estupefactos las ruinas inmensas que Satanás amontonaba rápidamente á lo largo y á lo ancho en derredor de nosotros; considerábamos con espanto esas olas cada vez mas turbulentas de la impiedad que engrosaban sin cesar amenazando hasta este asilo de la paz: temblorosos, llenos de angustia y pálidos de espanto, esperábamos la hora de repetir, sentados sobre los cimientos conmovidos del templo, próximos á nuestro último instante, esas lamentaciones del que lloraba por sus hermanos: « Cuán desierta hoy la ciudad antes tan populosa: la reina de las naciones está como viuda, héla ahí sometida al tributo, ella que era la cabeza de las provincias. »

Repentinamente un rayo de purísima luz ha roto estas densas tinieblas y reanima nuestra casi muerta esperanza. Un pensamiento había surgido del alma de nuestro Jefe Supremo que dirige el gobierno del buque. Quería convocar los ancianos del nuevo Israel, los que juzgan con él acerca de la fe, para proveer unánimemente á la defensa del Tabernáculo Santo de Dios, atacado hasta en lo mas profundo de sus cimientos por un inmenso número de formidables enemigos.

Al pronto era como niebla de la mañana, que desaparece al instante, semejante al relámpago que recorre los cielos. Pero el Paráclito, ese espíritu que procede del Padre y del Hijo y que cubre para siempre esta cátedra augusta con su proteccion, fecunda este pensamiento con los rayos de su luz, é inmediatamente ¡cosa admirable! este pensamiento á la manera del grano de mostaza que, segun el Evangelio, « es el mas pequeño de los granos, pero que aumenta, crece por cima de todas las plantas, y llega á hacerse un árbol, de manera que los pájaros del cielo vienen á reposar en sus ramas; » (Mateo XIII, 32) este pensamiento, repito, por virtud soberanamente eficaz, se lanza repentinamente, crece, y en un instante se convierte en gigante.

Y hénos aquí por un milagro del espíritu cristiano, reunidos todos de todas las regiones de la tierra en esta inmensa basílica. Hénos aquí junto al sepulcro del príncipe de los apóstoles, sepulcro del cual sale eternamente el soplo vigoroso de las virtudes episcopales; hénos aquí junto á los sepulcros de Leon, de los Gregorios y de Crisóstomo, de donde se diría que sale despues de tantos siglos un nuevo torrente de elocuencia para regar los campos de la Iglesia católica. Pero lo que mas debe consolarnos y conmover nuestras almas es el vernos cerca de la persona misma de Pedro, que presente todavía y viviendo en sus legítimos sucesores parece exclamar con el mismo impetuoso amor y la misma fe: « Sois Cristo, Hijo de Dios vivo; » y hacernos oír la respuesta sublime del Redentor sentado en el cielo á la derecha del Padre: « Y yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra construiré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. »

He querido, venerables padres, recordar todo esto para reanimar y fortalecer vuestra confianza, y para que vuestras almas se inflamen cada vez mas, y se apliquen con alegría á terminar esta obra, es decir, este santo sínodo, en el cual tienen hoy puestos sus ojos todos los pueblos y la esperanza el mundo entero. Acaso sea para vosotros este Concilio ocasion de muchas y grandes aflicciones y de terribles angustias, mas por otra parte, ¡de cuán grato consuelo no será origen y cuán alegres triunfos no os proporcionará en vuestra vida!

Por de pronto es preciso principiar la obra con dolor y con lágrimas, pero despues vendrá el tiempo (tenemos por testigo de ello al Hijo de Dios mismo); en que la alegría sustituya á nuestros dolores; porque escrito está: « En verdad, en verdad os digo, llorareis y permaneceréis llorando: mientras el mundo se regocije estareis contristados, pero vuestra tristeza se cambiará en alegría. » (San Juan, XVI, 30.)

Esta promesa no ha de faltarnos si nosotros aplicamos con firmeza nuestras almas al objeto de este Concilio ecuménico, que no es otro que la gloria de Dios y la salvacion de las almas; si nos esforzamos en que este Concilio brille como la piedra mas preciosa de las que adornan la frente del venerable y magnánimo anciano Pio IX; si los fastos de la Iglesia, por último, transmiten en letras de oro á la posteridad ese testimonio de que la paz de los ánimos, la concordia de las ideas, la moderacion de las empresas, la dignidad de las discusiones, la equidad de los juicios y la prudencia de todas las deliberaciones han dominado el corazón y el alma de los venerables padres. De tal manera, que el día en que estas puertas, cerradas ahora, se abran para hacer oír al mundo entero estas palabras: *Visum est Spiritui Sancto et nobis*, la tierra misma sienta el impulso del Espíritu Santo y se reconozca completamente renovada, segun estas palabras: « Enviad vuestro Espíritu, y todas las cosas serán criadas, y renovareis la faz de la tierra. » (Sal. CIII, 30.)

Ojalá que por la intercesion de la Bienaventurada y gloriosa Virgen María, cuya Inmaculada Concepcion celebra hoy con alegría el universo mundo, podamos obtener esta gracia de Jesucristo Nuestro Señor y nuestro Redentor, Hijo eterno de Dios, que vive y reina con el Padre y el Espíritu Santo en la eternidad. *Amen.*

El cautivo.

(Conclusion.)

— Yo he desobedecido á mi padre, he faltado á la ley santa del profeta, he merecido la maldicion del cielo. Yo he recibido el amor de uno de tus compatriotas, me juró ser mio, tenía un nombre noble, y ese nombre debía pasar á mi hijo. Me abandonó á él... y el pérfido no ha cumplido sus juramentos. Tal vez en la corte de Alfonso busque en Toledo nuevos amores en los brazos de alguna hermosa. Mi padre desde entonces procura vengar en cuantos cristianos puede depararle la suerte mi ofensa y el ultraje hecho á su sangre. Mi hijo hubiera sido su primer víctima á no haberlo podido salvar, y tenerlo hasta ahora oculto, valiéndome del anciano árabe Argib, su médico, y el hombre de su confianza: con él he concertado los medios de asegurar tu fuga; él me ha proporcionado entrar en el subterráneo, y ha alejado al satélite de tu inhumano verdugo. Argib ha hecho creer á mi padre que mi hijo había muerto pocas horas despues de haber nacido. El infeliz al saber esta noticia la ha recibido con indiferencia, jamás me ha preguntado nada. En esta estancia, conocida solo de Argib que dirigió la construccion del castillo, es donde yo he depositado mi mas precioso tesoro. Tú, el médico Argib y yo, somos las únicas personas que aquí hemos entrado. Mi padre lo ignora todo. Así he logrado salvar mi hijo... ¡mirale cuán duerme y cuán hermoso está! ¡Ah, si le sucediese alguna desgracia!

Se aproximó un instante al niño, y despues volvióse á don Martin, continuó:

— Oye, escucha á una madre infeliz, cuyo corazón está quebrantado de dolor, y que bastante indican hasta el desorden de sus palabras. Yo he podido huir y marchar á Toledo á buscar al pérfido que tan vilmente me ha abandonado. Tu reina fué un tiempo la hija de mi rey, ella hubiera rogado y conseguido de Alfonso justicia para mí... pero no podía conseguirme el amor del traidor, de quien con gusto hubiera sido yo la última esclava. En venganza, mi padre á cautivado á muchos y nobles caballeros cristianos, todos han muerto á pesar de mis ruegos, ó lentamente al rigor de los trabajos, ó en el subterráneo. ¡Ah, si supieses cuántas veces le he pedido por tí, por quien mi corazón se interesó desde que te ví! Mi padre ha escuchado mis súplicas sin cólera, con calma, con esa fria calma que anuncia una resolucion inalterable. Argib, cansado ya de sangre, y á quien mis dádivas han ganado, me confió su proyecto, y él lo ha dispuesto todo.

— ¿Y es posible que un caballero cristiano y español, haya tan cobardemente faltado á su palabra? ¡Su nombre! Señora, su nombre: yo os juro ser vuestro vengador, y el de ese ángel que sonriéndose en su sueño ignora su desgracia.

— Para apartarla de su inocente cabeza voy á hacer el mas penoso, el último sacrificio; voy á separarme de mi hijo por mucho tiempo... tal vez para siempre. Temo por su vida á cada instante, y temo con razon; á tí cedio mi hijo.

— ¡A mí! respondió asombrado don Martin.

— ¿Quieres recibir este depósito, el mas santo, el mas precioso que puede entregarte una madre?

— Y ¿cómo?

— Todo está dispuesto; sé quién eres, Argib lo ha previsto todo; marcharás á Toledo, y allí verás al padre de mi hijo.

— ¿Su nombre?

— Al tiempo de marchar lo escucharás de mi labio: tu fuga será ignorada; un caballo tan veloz como el viento te aguarda ya á corta distancia del castillo.

Se aproximó al lecho del niño, lo despertó cubriéndole de besos humedecidos de amargas lágrimas, lo tomó en brazos y con una especie de enagenacion lo contempló silenciosa. El niño se sonreía y con sus manos acariciaba el rostro melancólico de Zaira, inocentes y crueles caricias que desgarraban el corazón de una madre.

Puso un momento despues el niño en los brazos de don Martin y un bolsillo lleno de oro para que pudiese procurarse un vestido, y atender á las necesidades del camino.

— Marcha pronto, exclamó, no me le dejes ver ni un instante mas, ó tal vez no tendré resolucion para separarme de él, volvió á cogerle de nuevo y á cubrirle de besos, pero volviendo en sí ¡cuán desgraciada soy! dijo, y condujo á don Martin, que llevaba de la mano al niño, por varios subterráneos oscuros y solo de ella conocidos, á la puerta donde debían darse el último adios.

La noche era sombría. Ni la luna, ni las estrellas despedían su luz. En la oscuridad don Martin distinguió á pocos pasos de distancia un caballo ensillado, y un hombre que lo tenía del diestro.

Don Martin montó á caballo, colocó delante de sí al niño que lloró, y que con sus tiernas manos trataba de desasirse de él, la madre volvió á besarle otra vez procurando acallarle, y dijo á don Martin:

— Ahora marcha y no olvides lo que como caballero me has ofrecido.

— El nombre del fementido que ha traspasado vuestro corazón.

— Don García, el escudero de Alfonso VI.

Al mismo tiempo don Martin hizo salir á galope el caballo, y en breve se alejó de aquel fatal castillo. Ya se

había perdido de vista el caballo en la oscuridad y aun la madre fijó los ojos en el camino, quería correr tras de ellos é iba á gritar, pero le faltaron las fuerzas y cayó sin sentido.

El hombre que tenía el caballo y que había visto don Martin, la levantó del suelo, la acompañó al castillo y al entrar en él, apoyada en su brazo le dijo:

— Argib, ¡este castillo es maldito de Alá y de su profeta!

IV.

Don Martin Alfonso de Haro entraba diez dias despues de su salida del castillo de Aboud-Said en la ciudad de Toledo. Las campanas de la catedral anunciaban una gran festividad.

Uno de los favoritos del rey debía recibir aquella misma mañana en el templo la orden de la banda y la mano de una de las mas hermosas y ricas hembras de Castilla. Don García iba á unir su suerte con doña Sol de Guzman, de quien hacia tres años era el mas galan y enamorado caballero.

Don Martin ya atraído por el concurso inmenso, ya deseoso de dar gracias á Dios despues de su larga esclavitud, dejó el caballo á un pechero, y con el niño de la mano, entró en el templo suntuoso de la catedral.

Los ricos hombres y caballeros rodeaban el trono de Alfonso situado á la derecha del altar. El arzobispo con las vestiduras sagradas y servido de todo el clero, tenía á sus pies, de rodillas, á un gallardo mancebo riquísimamente vestido.

Don García iba á recibir la orden de la Banda antes de desposarse con doña Sol, que llenaba la medida de este nombre por su belleza y hermosura.

Acababa de pronunciar don García el juramento que precede á la investidura de la orden de la Banda, cuando una voz de trueno se alzó terrible de en medio de la muchedumbre clamando:

— ¡Miente el villano, el perjuro, el mal caballero!

Ya los ministros del rey se apresuraban á castigar al atrevido pechero que así se atrevía á denostar á un rico hombre, cuando don Martin, rompiendo por entre la concurrencia, se presentó ante el trono de Alfonso.

— ¿Quién eres? ¿por qué así insultas mi majestad y la del templo? ¿sabes el castigo de los que ofenden á los nobles?

Los trabajos habían desfigurado á don Martin, ninguno lo conoció. Con aire fiero dijo:

— Yo don Martin Alfonso de Haro, señor de cincuenta villas (un movimiento de admiracion se apoderó de todos), os pido á vos, Alfonso VI de Castilla, un campo y plazo para castigar un perjuro, y reto públicamente como tal y con todas armas á don García.

Don García, que había sido el amigo y compañero de la infancia de don Martin, no acababa de comprender cómo este volvía despues de tres años que todos le reputaban por muerto, para turbar su felicidad é impedirle ser el esposo de doña Sol.

Expuso la ofensa don Martin, que se esforzó en negar don García, pero el pueblo entero le condenó al presentar don Martin como testigo de su veracidad al inocente niño que le confiara la desgraciada Zaira. Su semejanza con don García hizo una impresion terrible en todos los circunstantes. Doña Sol y sus parientes, ofendidos con don García, se declararon contra él abiertamente, y la reina quiso encargarse del niño, que instruido por el arzobispo y tenido en la fuente del bautismo por la reina, recibió pocos dias despues el nombre de Alfonso.

El rey no podía negar el plazo y el campo pedido. Otorgólo, y al cabo de tres dias don Martin salía á sostener su demanda delante de toda la corte. Don García, como todos los favoritos, era odiado del pueblo, así que las simpatías de este estuvieron por la justicia. La lucha fué fatal á don García. Herido mortalmente, confesó su crimen, manifestó sus deseos de repararlo, y reconoció á su hijo, pero la muerte le impidió ir á buscar á la hermosa é infeliz Zaira.

El padre de esta murió á pocos dias despues de la evasión de don Martin del castillo, y así cuando este volvió, aunque seguido de numerosa comitiva para evitar una segunda esclavitud, á anunciar á Zaira que había recibido la reparacion debida á su ultraje, vió que las obras en que antes trabajaban los esclavos, estaban abandonadas, pues habían sido todos puestos en libertad, y que se hallaba el castillo sin mas que un anciano árabe que lo mandaba con una corta guarnicion.

Zaira, despues de la muerte de su padre, había marchado á Sevilla, donde Mehemet-ben-Abad la había dispensado una acogida digna de su nacimiento. Don Martin pasó tambien á Sevilla, y al cabo de tres meses, imitando Zaira el ejemplo de la hermana de su rey, abrazó la religion católica, y regresó esposa de don Martin, que desde entonces fué mas su cautivo que lo había sido durante su estancia en el castillo de Aboud-Said.

Zaira y don Martin reemplazaron en el favor de Alfonso VI á don García, y el hijo de este llegó á ser uno de los generales mas famosos del ejército de Castilla. Don Martin bendecía muchas veces los tres años de su penosa cautividad, que le habían proporcionado un tesoro tan precioso como el amor, la mano y las inmensas riquezas de Zaira.

Muñoz MALDONADO.

Estudios históricos.

EXPEDICION MARÍTIMA HECHA POR LOS ESPAÑOLES EN EL SIGLO XV EN LAS COSTAS DE FRANCIA É INGLATERRA.

Después de una minoridad turbulenta y al principio del siglo XV, Enrique III, rey de Castilla, sometido el Portugal y sofocada la rebelion de los duques de Benavente y de Jijon, habia conseguido restituir la paz á sus Estados y ejercer grande ascendiente sobre los reinos europeos que, como Francia é Inglaterra, se hallaban desgarrados por disensiones intestinas.

Enrique IV, sucesor del depuesto Ricardo á la corona de Inglaterra, y tratado de usurpador y de tirano, miraba con sobresalto las continuas revueltas que amenazaban su dignidad real. Para dirigir á otro lado estos ocultos embates, declaró la guerra á la Francia, la cual era tambien presa de la guerra civil desde la fatal demencia de Carlos VI.

No hubieron menester mas los corsarios ingleses para comenzar á saquear las costas de Bretaña y Normandía, mayormente estando ocupados los duques de Orleans y de Borgoña en disputarse el gobierno de Paris. Sin embargo, á fuerza de exposiciones por parte de las provincias devastadas, se acordó socorrerlas.

Esto era en el año 1403; la marina de Francia era nula, pero en cambio tenia en España un punto seguro de apoyo; así fué que el duque de Orleans, en nombre de Carlos VI, no vaciló en dirigirse al rey de Castilla, teniendo buen cuidado de hacer valer los antiguos tratados y la alianza de familia que hermanaba á los reyes francés y castellano.

No se hizo aguardar la respuesta, pues el rey de Castilla dió orden de armar inmediatamente cuarenta naves y tres galeras, con tanta mayor satisfaccion por cuanto la reina le habia dado un heredero: y con motivo de tan feliz acontecimiento y para manifestar su donaire y liberalidad al monarca francés, hizo equipar magníficamente la escuadra que le estaba destinada.

Para servirla se escogieron los mejores soldados y los mas sobresalientes marinos españoles, y á pesar de que la Francia se hubiese obligado á contribuir con municiones de guerra y boca, como tambien á satisfacer la paga, la armada recibió toda clase de provisiones. Don Martin Ruiz de Abendano obtuvo el mando de las naves, y don Pedro Nino el de las galeras.

Este último, que mas tarde fué conde de Buelna, era un caballero bien nacido, muy bienquisto con el rey de Castilla, y que además se habia distinguido en Berbería, Tolón y Marsella.

Los dos comandantes, segun las órdenes recibidas, debian concertar sus movimientos y marchar de concierto, aunque esto fuese difícil, porque al anochecer, las galeras, á diferencia de las naves, debian armarse á tierra.

A pesar de las instrucciones recibidas, ya fuese que cada uno quisiese ir por su cuenta, ó que los vientos ó la casualidad los separasen, lo cierto es que se buscaron tan mal que no llegaron á encontrarse. Nino pasó á la isla de Rhee, y en seguida á la Rochela, donde se le hizo una espléndida acogida.

Aquí aguardó, ó lo menos aparentó aguardar á Martin Ruiz durante algunos dias, pasados los cuales salió solo á caza de los ingleses con rumbo á la Girona. De primer embite tuvo una conferencia con el condestable Carlos de Albret, á quien el historiador español Gutierrez Diez de Games llama *Mosen Carlos de Lebrete* (1); este príncipe reforzó la escuadra de Don Pedro con dos chalupas ligeras guarnecidas de arqueros y ballesteros franceses.

Con este refuerzo se puso en marcha; y no encontrando vela inglesa ni gascona en el rio, se llevó los bueyes y carneros que halló en la costa, hizo algunos prisioneros, puso fuego á las mieses, é incendió ciento cincuenta casas enfrente de Burdeos, volviendo en seguida á la Rochela.

El haber penetrado en un sitio, antes inaccesible á las galeras enemigas, y haber saqueado la parte mas extensa y poblada, fué mirado como un hecho de armas que hacia mucho honor á los españoles.

Estaba la escuadra de Nino surta en las aguas de la Rochela, cuando se presentó un caballero francés, trayendo consigo dos galeras construidas y armadas á su costa.

El cronista le llama Mosen Carlos de Sabasil, individuo de la casa real, caballero, noble, rico, valiente é intrépido, pero que, á consecuencia de algunos sucesos que pasan á veces á grandes caballeros, habia tenido que dejar la corte. Por lo que toca á las noticias de este nuevo personaje, hemos tenido que consultar á los cronistas franceses.

Mosen Carlos de Sabasil era el señor de Seignelay, Carlos de Savoisy, primer chambelan y copero mayor de Carlos VI.

El dicho señor de Seignelay solia tener la manía de abusar de los privilegios de su clase. Un dia yendo á su casa un mensajero del rey para prender á uno de sus criados acusado de robo y asesinato, le pasó por la cabeza maltratarle. Este lance le ocasionó un proceso serio, pero habiendo obtenido cartas de gracia, se vió libre con una orden de ausentarse de Paris durante dos dias.

Al cabo de un año, sus palafreneros, yendo á abreviar los caballos, encontraron casualmente una partida de estudiantes de la Universidad que iban en procesion á Santa Catalina. Con toda la insolencia de pages de grandes señores, soltaron los caballos contra la estudiantina, saliendo algunos pateados.

Estos por su parte no se hallaban en humor ni edad de llevar con paciencia este ultraje; así que empezaron á llover piedras sobre los temerarios agresores, que tuvieron que batir en retirada hasta la casa de su señor, de donde reforzados salieron otra vez y cargaron sobre los estudiantes, quienes, atacados á flechazos, tuvieron que retirarse á una iglesia.

En medio de esta confusion llegó refuerzo á los estudiantes, quienes atacando vigorosamente á sus hostigadores, quedaron dueños del campo de batalla. Terminada la jarana, la Universidad, por medio del rector, pidió al rey una reparacion pronta y ejemplar, amenazando con irse á fijar en otra parte, si su demanda era desechada.

Tal era en aquel entonces el influjo de este cuerpo independiente, que Carlos de Savoisy, quien probablemente habria sostenido á los suyos, se vió desterrado por decreto del rey de la casa real y de los príncipes. Sin duda de resultas de esta sentencia resolvió pasar en la mar lo restante de su destierro, no para hacer negocio en la piratería, sino para buscar aventuras.

Este señor estaba enamorado de una dama de alta gerarquía. Dedicóla sus dos galeras y equipólas con un lujo tal que solo los papellones costaban tanto como un armamento. Pero Nino y Mosen Carlos ya se conocian de fama habia mucho tiempo.

Con esta ocasion una simpatía recíproca los unia mas estrechamente, ofreciéndose el francés á servir bajo las órdenes del español y acompañarle á las costas de Inglaterra para tentar allí fortuna: desde este momento se estrechó aun mas su amistad.

Por de pronto debian cruzar algun tiempo por las costas de Bretaña para aguardar el grueso de la flota española. Doblaron á Bella-Isla, cuyos habitantes, segun el cronista, «no usan armas ni se defienden en caso de ataque, porque el papa los tiene asegurados y lanza su excomunion contra cualquiera que les haga daño.»

Así navegando llegaron al puerto de Brest, en cuyo punto se encontraron con la escuadra mandada por Martin Ruiz Abendano; pero los dos jefes nunca pudieron ponerse de acuerdo, estando ocupados los marinos de Ruiz mas bien en hacer su negocio que en la guerra, dice Gutierrez de Games.

«Tal era el hábito de aquellos tiempos, observa el citado autor español, que siempre que el rey armaba una flota y no la confiaba á sus propios capitanes, el amor al lucro se apoderaba igualmente de oficiales y soldados. Si el armamento era para socorrer á un aliado, los comandantes recibian paga de dos manos y tenian buen cuidado de fondear en paraje donde no pareciese el enemigo, pillando el pais amigo socolor de falta de abastos. Si por casualidad encontraban mercaderes de su nacion, arrebañaban cuanto les acomodaba, diciendo que los que servian al rey no debian morir de hambre, y para consuelo les convidaban á exponer las quejas al jefe del Estado, quien les daría una indemnizacion. Este era el grave inconveniente que tenia el poner á la cabeza de estas tropas hombres avarientos ó que aun no habian hecho su fortuna, en vez de aquellos valientes y leales caballeros que solo apreciaban la gloria.»

Una tempestad que sobrevino dispersó las galeras de Nino y Mosen Carlos en el canal de la Mancha. El primero no imitó el ejemplo del piadoso Eneas contentándose con levantar las manos al cielo, sino que se portó como buen marino y logró triunfar de los elementos.

Su historiador, al encontrarse frente por frente con los blancos acantilados de la Gran Bretaña, hace de los ingleses de aquel tiempo una pintura nada lisonjera. Este capítulo se intitula: *Como son los ingleses diversos y contrarios de todas las otras naciones de cristianos*, que en realidad es el comentario de lo que de ellos se dice hoy dia.

El alférez Gutierrez de Games atribuye esta originalidad del carácter inglés á la naturaleza de las diversas razas que forman la poblacion británica, al terreno que abunda en alimentos sustanciosos y en metales, al gran número de habitantes que son mucha gente en poca tierra, y en fin á su situacion marítima, que les permite desafiar á todos los demás pueblos.

«Esta nacion, dice, es enemiga de la paz, porque solo la guerra le aprovecha. Así no es extraño que observe tan mal los tratados que sus príncipes ajustan con las naciones extranjeras. Si Ricardo fué depuesto, lo debió á la paz perpétua que habia ajustado con la Francia, aunque sus culpables súbditos alegasen otros pretextos contra su legítimo soberano.»

Así cuando la tempestad parecia combatir por esta maldita nacion, Pero Nino no tuvo mas remedio que decir á su gente que con aquello purgaba el cielo sus propios pecados, y que siendo los ingleses los mayores pecadores, no podia menos de entregarlos al furor de las galeras españolas.

Por fin los vientos se apaciguaron, con lo que la expedicion franco-española pudo reconocer la costa de Cornuallas. Habiendo apresado algunos barcos pescadores,

después de obtenidas las informaciones necesarias, Pero Nino desembarcó con ánimo de atacar una ciudad no fortificada que su alférez llama Chita. La ciudad, situada á la vuelta de una montaña con todas las calles que salian al mar, tendria unas trecientas casas habitadas por mercaderes y pescadores.

La entrada del puerto era angosta, y la marea retirándose con violencia, impedia que las galeras obedeciesen á los remos y al timon; con todo, á fuerza de maniobras lograron llegar á una rada donde se hallaron al abrigo de los vientos. En seguida franceses y españoles, habiendo desembarcado, mataron ó hicieron prisioneros á cuantos se resistieron, pillaron y abasaron la poblacion enviando todo el botin á Harfleur junto con dos naves allí cogidas.

De aquí pasaron á Falmouth, donde se preparaba para recibirles un cuerpo de ingleses armados. Mosen Carlos tuvo por muy arriesgado el desembarque; Pero Nino insistió en lo contrario, y he aquí á los dos jefes próximos á un rompimiento; pero entre tan nobles caballeros no podia durar mucho tiempo la mala inteligencia; así fué que su recíproca estimacion y el interés comun no tardaron en reconciliarlos, dando en seguida á la vela para Plymouth.

No presentaba menos riesgo el desembarcar en este paraje, y los obstáculos eran tales que no pudieron vencerlos. Se dirigió sobre sus galeras un fuego tan certero, que tuvieron que retirarse temerosos de ir á pique. Batiendo en retirada, los españoles hicieron una tentativa análoga á la precedente sobre la isla de Portland; pero los isleños se refugiaron en cavernas que les servian de asilo en semejantes casos.

Al principio solo habian desembarcado algunos soldados para reconocer el pais, cuando al momento llegó á sus oídos el sonido de la trompeta que los llamaba á bordo. No obstante, los franceses se hicieron sordos á la señal de retirada, y apoderándose de ambos jefes noble emulacion, desembarcaron toda su gente y batieron completamente á los ingleses.

Desde Portland, Pero Nino, siempre seguido de Mosen Carlos, fué á pillar otros litorales, y sabiendo que no estaba lejos de cierto lugar llamado Pool, quiso aprovechar la ocasion de vengarse de cierto caballero inglés que habia sido en otro tiempo el terror de mercaderes españoles y franceses. *Arripay* era el nombre de este personaje que al último se encuentra ser Enrique Paye, bien conocido en los anales marítimos de la Gran-Bretaña. Este tal, en calidad de corsario ó armador, extendia sus correrías hasta las costas de España. No solo habia apresado muchos barcos de esta nacion á la vista del puerto, sino que habia incendiado á Finisterra y Jijon, llevándose el crucifijo de Santa María de la primera poblacion, el cual pasaba por el mas santo de aquella tierra; en una palabra, habia hecho mucho daño en Castilla, llevándose prisioneros, exigiendo sumas y diezmando guardacostas. El capitán se complacia con la idea de que estaba cerca del domicilio de aquel gran pirata, llevando en consecuencia sus galeras delante de Pool al despuntar el dia. La poblacion no tenia murallas y solo encerraba una torre circular muy elegante con una cúpula en forma de taza, destinada mejor para servir de azotea que de defensa. Nino, segun su costumbre, solo desembarcó una partida de su gente, la cual empezó á saquear é incendiar. Los habitantes huyeron por de pronto, pero luego volvieron con un cuerpo de soldados ingleses, quienes arrancaron las puertas de las casas y lanzaron de ellas una nube de flechas contra los españoles. Viendo Nino que sus desembarcados corrian peligro, saltó en tierra con el resto de su gente llevando consigo la bandera, prorumpiendo en gritos de ¡Santiago! ¡Santiago!

A este espectáculo, los franceses, que habian permanecido pasivos, se unieron á los españoles, y todos juntos batieron plenamente á los ingleses, quienes dejaron el campo sembrado de cadáveres entre los cuales se contaba un hermano de Enrique Paye. Los españoles por su parte tuvieron que llorar tambien la muerte de un valiente oficial, Juan de Murcia.

El jefe de estos últimos supo por los prisioneros que los de Gales se habian levantado contra el rey de Inglaterra, y que Ivan, su príncipe, acababa de conseguir una señalada victoria que obligaria al monarca inglés á concentrar sus fuerzas en el pais sublevado. Entonces sintió vivamente el comandante español su mala inteligencia con Martin Ruiz, «porque con la ayuda de este capitán,» decia, «habria podido penetrar mas adentro en el pais y recoger muchas riquezas con no menor gloria.»

Quiso no obstante ir hasta Lóndres por el Támesis, y si fuera posible corregir la geografía algo errónea del cronista, parece que llegó hasta Greenwich. Encontró allí un barco genovés que habian apresado los ingleses y que de buena gana se hubiera llevado, pero estaba desarbolado, y se disponia á pegarle fuego, cuando llegaron los marineros genoveses en una chalupa, diciéndose aliados del rey de Castilla y pidiendo gracia por su barco que, apresado á pesar de un salvo conducto del rey de Inglaterra, iba á serles devuelto en vista de la justicia de su reclamacion.

Por tanto respetó el barco genovés, y después de haberse gozado con la vista de Lóndres, la cual le parecia una gran ciudad bañada por el Támesis, hizo á la vela para la isla de Wight, donde desembarcó, trabó algunos combates y volvió en seguida á Francia.

(Se continuará.)

(1) Es cosa sabida que los autores españoles cambian aun hoy dia todos los nombres extranjeros españolizando su ortografía. De ahí resultan esas extrañas trasformaciones, de las cuales después citaremos alguna, y que exigen innumerables investigaciones para descifrar el enigma y saber á quién se refiere un cronista español. Lo mismo hacen las demás naciones respecto de los nuestros.

Julia Grisi.

El 16 de setiembre de 1832 el cartel del Teatro Italiano de Paris anunciaba el debut de Julia Grisi en la *Semiramis*. El teatro se hallaba entonces en la época de sus grandes triunfos. Hacia veinte años que su compañía se reclutaba entre las principales celebridades de la Italia, y en ella se habian contado la Pizzaroni, la Pasta, la Sontag y García. Entonces cantaban Rubini,

Lablache, Tamburini y la Malibran. Mucha audacia ó mucho talento se necesitaba para entrar resueltamente en semejante grupo. Si los recuerdos de un pasado eran peligrosos para una debutante, las comparaciones del presente lo eran mas todavía.

La Grisi se presentó con su vestidura de reina oriental, cuando hacia veinte años que era soberanamente hermosa, esa hermosura italiana que inspiró á Giorgione y al Ticiano. En su cabeza se observaba una pureza de líneas incomparable. El cuello se destacaba elegante y vigoroso á la vez sobre unos hombros de

mármol trasparente. Bajo su túnica sembrada de estrellas de oro, bajo su diadema resplandeciente de pedrerías, tenia aquella actitud de la que dice el poeta: *Vera incessa patuit Dea*. El público la admiró en cuanto la vió; y luego escuchó con éxtasis aquella voz llena, sonora, de timbre de oro que le consolaba de la Pasta y de la Sontag, perdidas para el teatro. Aquella primera noche le bastó á Julia Grisi para conquistarse los sufragios de los parisienses.

Desde entonces, la diva se apoderó como reina absoluta del repertorio italiano: continuó la obra de sus an-



JULIA GRISI.

teceoras interpretando con perfeccion el glorioso y variado repertorio, pues pertenecía á la gran raza de artistas que no se aislan en un solo género y cuyo talento flexible y poderoso abraza todos los papeles. Julia Grisi cantó la música de Cimarosa, de Mozart, de Fioravanti y de Rossini: fué Rosina, Desdémona, Nineta, doña Ana, Carolina y Corila; prestó su belleza y su alma al genio de Donizetti, aun la recordamos en *Ana Bolena*, en *Marino Faliero*, en la *Lucrezia Borgia* y tantas otras óperas.

Estáale reservado á Julia Grisi el darnos á conocer la obra maestra de un compositor que Paris no habia hecho mas que entrever en la *Sonámbula*, Bellini.

Julia Grisi que á los diez y ocho años habia cantado el papel de Adalgisa en Italia al lado de la Pasta, se mostró por fin en el papel de *Norma*. Esta debia ser su gloria principal, el triunfo de su belleza y de su profundo sentimiento dramático. Ninguna como ella dió al personaje una pasion mas ardiente, ni un acento mas elevado, ni mas trágico.

Bellini escribió para la Grisi el tierno é interesante papel de Elvira, que fué uno de los mas poderosos elementos de triunfo en los *Puritanos*, y cuya famosa *polacca* excitó trasportes de entusiasmo. Algunos años despues escribia Donizetti el papel de Norina en *Don Pasquale*, en el que luchaban todo el encanto y toda

la gracia de la artista. Durante muchos años fué la reina del Teatro Italiano la Julia Grisi, que debia abandonarnos para ir á América, para recorrer la Europa del Norte, donde la esperaban los mismos triunfos.

En este periódico se ha dicho ya cómo la muerte la sorprendió en Berlin, el mes último. ¡Singular es el destino del artista de teatro! ¿Qué queda de aquella vida tan llena de ovaciones? Un recuerdo en algun rincón de la memoria humana, un nombre, un retrato y al pié una noticia pálida para los contemporáneos y de un entusiasmo excesivo para los diletantis de la última hora.

M. V.

TEATRO

de la

ÓPERA CÓMICA.

SUEÑO DE AMOR,

Ópera cómica en tres actos.

MÚSICA

de

AUBER.

INTERMEDIO DEL TERCER ACTO, ARREGLADO PARA PIANO POR M. BASILLE



(FRAGMENTO)



The musical score is arranged in eight systems, each with a treble and bass staff. The key signature is one sharp (F#) and the time signature is 2/4. The notation includes various rhythmic values, rests, and dynamic markings. The first system shows a melodic line in the treble and a harmonic accompaniment in the bass. The second system continues the melodic development with some grace notes. The third system features a more active melodic line. The fourth system shows a melodic line with many sixteenth notes. The fifth system has a melodic line with eighth notes and a bass line with chords. The sixth system includes first and second endings, indicated by dashed lines and the number '8'. The seventh system continues the melodic and harmonic development. The eighth system concludes the fragment with a melodic line and a final chord in the bass.



La casa de Cardona,

POR VICTOR BALAGUER.

(Continuacion.)

» A este efecto, la llamó un día y la dijo:
 » — Sibila, niña mía, ¿qué es lo que deseas?
 » — Quiero tener, contestó Sibila, una cabellera tan rubia y tan hermosa, que cuando la coja entre mis dedos parezca tener en la mano un puñado de rayos de sol.
 » — ¿Qué más?
 » — Una tez blanca como la franja de espuma que borda las olas del mar.
 » — ¿Qué más?
 » — Una voz tan dulce como dicen que es el canto de la sirena que habita en el río, sobre cuyo espejo se dibujan las almenas del castillo de mis padres.
 » Por este estilo continuaron su conversacion, y concluido el catálogo de las perfecciones físicas, pasaron á las morales y á los detalles.
 » — ¿Quieres tener talento?
 » — El suficiente para engañar.
 » — ¿Ingenio?
 » — El bastante para lucir.
 » — ¿Amor?
 » — Desprecio las ilusiones.
 » — ¿Sensibilidad?
 » — No me gustan necesidades.
 » — ¿Inconstancia?
 » — Esto. En la variedad consiste el gusto.
 » La reina de las hadas se sonrió, y cuando una hada se sonrie todo va bien. Atrajo hácia sí á Sibila, la besó en la frente, y colgándole al pecho un talisman, la dijo:
 » — Mientras no se aparte de tí este talisman, serás todo lo que quieres ser; pero el día que lo pierdas ó lo arrojes, el amor penetrará en tu pecho como un dardo penetra en la corteza de un árbol.
 » Y Sibila, alegre y satisfecha, se despidió de la reina de las hadas.
 » Tal es uno de los innumerables cuentos que narraban los habitantes del país en que vivía Sibila.
 » Ello será lo que sea, conde y señor mio, pero es lo cierto que Sibila tenía el susodicho talisman, como vas á ver luego.
 » Y aquí el juglar se interrumpió y detuvo para pasear una mirada en torno suyo y juzgar el efecto que su relacion producía en el ánimo de los oyentes.
 » Contento debió quedar. Todos estaban sumamente atentos á su discurso, y el conde, el mismo conde al que

tanto tiempo nada era capaz de distraer, parecia haber arrojado lejos de sí su melancolía como una carga inútil y pesada, y daba muestras visibles en su rostro de hallarse cautivado por la extraña y original narracion de su juglar.

Este pasó una mano por su frente, balanceó su cabeza con afectacion, se acarició la barba y prosiguió en medio del mayor silencio:

« Ahora viene lo interesante de mi historia.

» Así que comenzó á correr la fama de la hermosura de Sibila, realzada por los cuentos del país, pages, donceles y caballeros, todos acudian en tropel á postrarse ante Sibila, revoloteando en torno suyo como una bandada de mariposas en torno á una flor encantadora. Apuraban las frases más galantes para cautivar á la dama, sitiábanla con miradas las más tiernas y asesinas, cantábanla trovas las más amorosas y dulces, pero de todo y de todos se burlaba Sibila.

» En su corazón, insensible al amor como una roca á los embates del mar, no hacían mella ni duelos, ni hazñas, ni galanteos, ni trovas, ni miradas.

» Todos sus amadores la encontraban inflexible. A todos decía las mismas palabras, para todos tenía las mismas sonrisas. Eso sí, siempre les sonreía, siempre les pagaba con sonrisas que embriagaban de placer el alma de sus amantes. Y aun era tan pródiga en la distribucion de sonrisas, según algunos, solo porque de este modo podía á cada momento enseñar sus dientes, que eran muy hermosos.

» Esto sí, sus dientes son hermosísimos, conde y señor mio. Yo que los he visto puedo asegurarlo.

» Un día vino á engrosar la turba de amantes de Sibila un caballero franco que se gloriaba descender de Carlomagno, el emperador. Era una arrogante figura y un carácter caballeresco.

» A tantas locuras se entregó, tantas pruebas dió de su amor, tantas protestas y juramentos hizo á la dama, que un día Sibila, temiendo ceder, tuvo que llevar su mano á su corazón para asegurarse de que colgaba junto á él el talisman que le hacía insensible.

» El franco fué el primero que ganó algun terreno en el afecto de Sibila, y por lo mismo se le reconoció como su primer amante.

» Envanecido con su triunfo, el francés se presentó una tarde á la dama de sus pensamientos y la pidió resueltamente su mano.

» Sibila levantó la cabeza, asombrada ante aquella pretension. Sin embargo, sonrió al francés y acercándose á una ventana del salón en que se hallaban, dijo, mostrando al caballero un espeso bosque tan ancho como inmenso, que cubria como un manto toda la montaña, en cuya cima estaba edificado el castillo.

» — Yo tengo caprichos, y me gusta poner á prueba á mis amantes para estar segura de su amor. Os doy de

tiempo hasta la primera sonrisa del alba de mañana. Hacedme en estas horas desaparecer el bosque que me impide pasear mis miradas por el valle, y vuestra es mi mano.

» Dijo, y saludando al caballero francés con una de sus eternas sonrisas, Sibila se retiró á su estancia.

» Atónito se quedó el amante. ¿Cómo era posible en una sola noche cortar un tan frondoso bosque?...

» Conoció que se le había impuesto un imposible para darle á entender que su amor no era aceptado, y por lo mismo se retiró despechado del castillo, en el que jamás volvió á aparecer.

» Un caballero normando ocupó la plaza que dejara vacante la ausencia del francés. También como este, pareciéndole que sus obsequios no eran mal recibidos, se atrevió á pedirle á Sibila su mano.

» Sibila sonrió al normando como había sonreído al francés, se levantó del sillón donde estaba sentada cuando se hizo la demanda, y se acercó con su pretendiente á otra ventana del castillo.

» Al pié de la montaña un río bastante caudaloso desarrollaba su matizada cinta de plata. Parte del río se encajonaba en una especie de galería de rocas, al fin de la cual iba á caer en rugiente cascada desde bastante altura sobre las aguas del otro brazo del río, que allí acudían para recibir á sus hermanas y proseguir con ellas el curso de una rápida corriente. Vista desde el castillo, la cascada parecia como una blanca y desplegada cabellera de las rocas. En el sitio donde el agua se dejaba caer con no interrumpida furia, el río era muy profundo y la corriente muy rápida. Las rocas que despedían la cascada, estaban alfombradas de salvajes flores, jardín natural que nadie más que la mano de Dios podía allí cultivar.

» — ¿Teneis un buen caballo? preguntó Sibila al normando despues de haberle hecho contemplar aquel salvaje sitio.

» — Tengo mi alazan de guerra, contestó el caballero algo sorprendido de la pregunta, que si no intempestiva encontraba extraña.

» — Pues bien, como á mí me gusta poner á prueba á mis amantes, prosiguió Sibila, cabalgad en vuestro alazan, lanzaos al río, llegaos á nado hasta la cascada, cogedme un ramo de aquellas peregrinas campanillas azules que balancean sus entreabiertas corolas al borde de la roca y volved en seguida. Yo daré mi mano al que me presente este ramo.

» El normando miró atónito á la hermosa.

» — Pero señora, dijo, esto es querer que me mate.

» Sibila se encogió de hombros con la gracia más seductora y el más encantador mimo del mundo, sonrió al normando mostrándole sus blancos dientes, y se retiró á su estancia.

» El caballero salió del castillo, y al día siguiente par-

tia de aquel pais, maldiciendo los caprichos femeniles.

» Un tercer amante se presentó á hacer á Sibila la misma demanda que le habian hecho el francés y el normando.

» Era un jóven doncel de rubia guedeja, de mirada tierna y expresiva, de corazon que respiraba amor.

» Sibila, mas que nunca, tuvo entonces que llevar la mano á su pecho para asegurarse en efecto de que allí estaba el talisman. Sintió, es verdad, una predileccion para este tercer amante, pero fué pasajera como una nube de verano. La indomable, la insensible dama estuvo tan cruel con el tercero como lo habia sido con sus predecesores.

» — ¿Veis, le dijo desde una ventana del salon, aquella torre que eleva su dentellada frente en la cima de aquella lejana montaña? Es una fortaleza que los moros robaron á mi padre. Me muero de envidia de ver ondear en esa torre el blason de mi familia, en lugar de la agarena señera que allí tremola en el dia. Mirad; ahí teneis esta banda con mis colores y mis armas, que yo misma he bordado. Introduciós en la fortaleza de noche, de dia, hoy, mañana, como querais, cuando os sea fácil, derribad la señera morisca, colocad en la punta del asta mi banda aunque solo sea un momento, el suficiente para que yo pueda verla. Cada mañana al rayar el alba me asomará á esta ventana, y el dia en que vea mi banda tremolar en el aire, aquel dia volved pronto, que aquí os aguarda una esposa y una amante. Esto sí, prosiguió Sibila, debeis acometer la empresa solo. Es una prueba que exijo para estar segura de mi amante.

El doncel se apoderó de la banda que le tendia Sibila, la besó y estrechó contra su corazon y se precipitó, ébrio de amor, fuera del castillo.

» Por tres mañanas consecutivas, al rayar el alba Sibila se asomó á la ventana. La señera morisca continuaba siempre tremolando en la torre.

» Al cuarto dia, uno de sus vasallos le dijo que cerca del castillo moro se habia encontrado una cabeza separada del tronco y cuyos rubios cabellos nadaban en un charco de sangre.

» Era la cabeza del tercer amante de Sibila.

» Habia la noche anterior intentado escalar el castillo, pero sorprendido por un centinela, fué preso y su cabeza arrojada al campo por medio de una máquina de guerra.

» Sibila sintió algun tanto la muerte de su tercer amante, pero no tuvo tiempo para llorarla. Se habia ya presentado el cuarto.

» El cuarto amante se llamaba Ermemiro. Era catalan y señor de Cardona, por gracia de Wifredo. Uno de tus vasallos precisamente, conde y señor mio, uno de esos vasallos tuyos que escasean en las antesalas de tu palacio, pero que se encuentran los primeros en los campos de batalla.

» Ermemiro es un hombre de voluntad de hierro, frio como la hoja de su daga, audaz como lo eras tú mismo en tus mocedades, conde Borrell.

» Si tú conoces á tus vasallos por sus hazañas, debes conocer mucho á Ermemiro el de Cardona. La fama de sus hechos de armas pueblan tu condado. Tiene gloria para regalar á diez caballeros, y las hazañas que á él le sobran bastarian para enriquecer á cien barones.

» ¡Oh! ya verás, ya verás lo que sucedió al valiente Ermemiro con la hermosa Sibila. Júrote por la memoria de tu padre que es curioso. »

Y el juglar se detuvo al llegar aquí como para descansar un instante. Los cortesanos estaban descontentos por las saetas satíricas que el narrador acababa de lanzarles así como al descuido, pero el conde Borrell daba señas visibles de seguir con gusto y con interés la relacion de su juglar. De su frente habia desaparecido aquella nube de tristeza que le habia sido hasta entonces inseparable. La historia de Sibila y de sus amantes habia logrado lo que no habian podido sus cortesanos.

El conde daba muestras de contento y el juglar triunfaba.

III.

DE COMO EL CUARTO AMANTE DE SIBILA HIZO LO QUE NO HABIAN HECHO LOS TRES PRIMEROS.

« Ermemiro, el de Cardona, prosiguió diciendo el juglar despues de una breve pausa, vió á Sibila y se enamoró perdidamente de la hermosa protegida de las hadas.

» Presentóse á ella y le declaró su amor. Sibila acogió la declaración con su eterna sonrisa, sonrisa hechicera que prometia mucho sin otorgar nada.

» Ermemiro no se contentó con declarar su pasion, sino que pidió su mano.

« Entonces clavó Sibila en él sus ojos llenos de penetracion y de malicia, y se admiró de hallar en su nuevo caballero una porcion de bellas circunstancias que no habia reparado en sus predecesores. Ermemiro el de Cardona tenia una gallarda presencia y una arrogante figura. Su aspecto cautivaba, sus ojos atraian, su corazon y su porte fascinaban.

» A mas, rodeaba su nombre una aureola de hazañas, y de portentosas hazañas, por cierto. Cien damas suspiraban por él, cien rivales habian mordido el polvo á sus plantas, en cien campañas habia salido vencedor, y su grito de guerra era el terror de las huestes moras.

» A no tener Sibila enrudecido el corazon por la pro-

ximidad de su talisman, hubiera de fijo dejado caer su mano en la del noble guerrero para decirle:

» — ¡Soy vuestra!

» Pero, como allí estaba el infausto don de la reina de las hadas, Sibila se sonrió y acercando al caballero á una ventana le dijo con todo el posible laconismo:

» — Mi primer pretendido era un francés: le dije que en una noche hiciera desaparecer el bosque que impide á mi vista llegar hasta el valle y me tomó sin duda por loca, pues no le he vuelto á ver. Mi segundo pretendiente era un normando: le dije que queria un ramo de las hermosas campanillas azules que crecen á orillas de aquella cascada, y me contestó que esto era desear su muerte. Mi tercer pretendiente era un doncel de los reyes de Sobrarve: le dije que hiciera tremolar una banda con mis colores en lo alto de aquella torre que allí veis entre la bruma, y se hizo matar por obedecerme. Ahora bien, Ermemiro el de Cardona, prosiguió Sibila sonriéndose coquetamente, que mañana al amanecer vea yo arasado el bosque, que mañana por la tarde tenga un ramo de campanillas azules, que al rayar el alba de pasado mañana tremolen mis colores en la morisca fortaleza, y venid en seguida para recibir en premio mi corazon y mi mano. Puesto que sois mi cuarto pretendiente, preciso es que hagais vos solo lo que por separado no han querido ó no han podido hacer vuestros antecesores.

» — Es muy justo, se contentó con responder Ermemiro que tenia corazon para todo, y al que nada de lo que se le dijo le pareció ni siquiera difícil.

» Sibila le dió una banda como la que diera al doncel, y Ermemiro se la puso al rededor de su pecho, diciendo: » — Mas haré de lo que impusisteis á vuestros primeros amantes. Ya que para mí no hay una nueva condicion, yo sé imponérmela. Como esta banda me es muy querida, juro solemnemente tremolarla en lo alto de la morisca torre, y juro quedarme al pié del asta para que nadie vaya á quitarla mientras yo viva.

» Sibila quedó satisfecha de aquella resolucion, pero se sonrió sin embargo.

» A la mañana siguiente al abrir la ventana del salon, Sibila se hizo atrás asombrada, no pudiendo reprimir el grito de sorpresa que salió de sus labios.

» Era que la mirada de la hermosa, sin que hallara obstáculos, podia ya llegar hasta el valle y extenderse por un horizonte sin límites. El bosque habia desaparecido como por encanto. En el sitio donde antes se alzaban agrupados los árboles enlazando sus undosos rama- jes, solo habia un monton de cenizas.

» Ermemiro habia la noche anterior prendido fuego al bosque, que ardió durante algunas horas, lanzando al aire su columna de humo y agitando su cabellera de llamas.

» Entonces la hermosa empezó á creer que el de Cardona podia muy bien llegar á ser su esposo.

» La segunda prueba proporcionó á Ermemiro un nuevo triunfo. Jinete en un caballo negro como un cuervo, el catalan caballero se lanzó al rio, evitó la corriente por un sabio rodeo que supo hacer dar á su caballo, el

cual nadaba con una facilidad que daba casi á entender que en él el nadar y el galopar era lo mismo, colocóse bajo la cascada, arrancó las campanillas azules que su amada deseaba, y llegando felizmente á la orilla, fué á presentar el ramo á Sibila.

» Esta sonrió al caballero, pero su sonrisa era ya diferente de todas las otras. Estaba satisfecha y complacida, comenzaba á sentirse prendada de Ermemiro, no obstante el talisman, y ya no fué cosa de empezar á creer que el de Cardona llegara á ser su esposo, sino de empezar á temer que no llegara á serlo.

» Aquella misma noche Ermemiro partió en direccion á la morisca fortaleza. A favor de la oscuridad escaló el muro, mató de una puñalada á un centinela sarraceno, llegó á la torre, descolgó la señera morisca y en su lugar tremoló la banda de su amada, que fueron á saludar sonrientes los primeros rayos de la aurora.

» En seguida, como habia jurado, se quedó inmóvil al pié del asta, centinela de honor dispuesto á guardar el tesoro que se le habia confiado.

» Cuando Sibila desde su castillo vió su banda azotada por la brisa matinal, arrancóse del pecho el talisman de la reina de las hadas y lo arrojó lejos de sí. Entonces su corazon se sintió como herido repentinamente y conoció que se abrasaba de amor por Ermemiro.

» Temió la muerte de su amante, de su valiente y gallardo amante, y dispuso que su gente saliese á socorrerle, atacando, si era menester, el castillo para salvarle.

» Cuando los vasallos de Sibila llegaron al pié de la fortaleza, Ermemiro en la plataforma de la torre peleaba como un leon contra todos los moros reunidos que se habian arrojado sobre él al verle cual una columna de hierro junto á la bandera por él enarbolada.

» Al ver llegar aquella gente, el miedo sobrecogió á los sarracenos ya bastante aturdidos, pues que de cada tajo derribaba uno el caballero, y se entregaron á discrecion.

» Ermemiro mismo abrió la puerta á los que acudian en su auxilio, y tomó posesion de la fortaleza en nombre de Sibila.

» Pocos momentos despues, la esquivo hermosura, palpitante de amor, caia en brazos del caballero, y algunos dias mas tarde, Dios bendecia su enlace.

» Ahora Ermemiro y Sibila viven retirados en Cardona, donde cuentan felices los instantes que trascurren y los dias que pasan rozando sus candorosas frentes.

» Tal es la historia, conde y señor mio. Dime ahora si te ha parecido buena para que tu juglar la celebre con sus cantos. »

En efecto, tan entretenida habia sido para el conde la relacion del juglar, que ni sombra quedaba en él de melancolia.

Los cortesanos al ver contento á su señor, se apresuraron á felicitar al narrador,

— Juglar, dijo el conde levantándose y arrojándole al cuello una cadena de plata, bien me ha parecido la historia. Prémiate Dios el buen rato que has sabido con ella procurarme.

Y volviéndose á los cortesanos,

— Señores, exclamó, disponeos á montar á caballo mañana en cuanto amanezca. Iremos á Cardona á hacer una visita al valiente Ermemiro y á su bella consorte. Quiero conocer á los héroes de la historia de mi juglar.

Los cortesanos saludaron en señal de aprobacion, y cuando el conde se hubo retirado á su estancia, todos se agruparon en torno al juglar, que recibió sus felicitaciones y sus plácemes con aire de cómica importancia y con estudiados modales de proteccion.

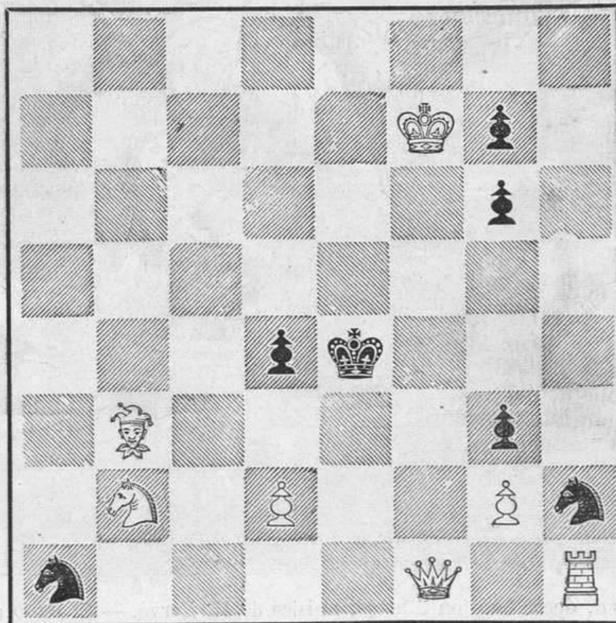
Problemas de ajedrez.

Solucion del número 303.

- | | | |
|---|--------------------|------------|
| 1 | T 8ª AR | C toma T |
| 2 | A 5ª A | C juega |
| 3 | A toma C | A juega |
| 4 | P 4ª C | Cualquiera |
| 5 | A 2ª C jaque-mate. | |

PROBLEMA NÚMERO 304, POR M. VICTOR GORGAS.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en tres jugadas.

IV.

PRIVILEGIOS.

Cumplidos quedaron los deseos del conde.

Al rayar el alba del siguiente dia, una lujosa comitiva salia de la ciudad de Ludovico Pio.

El juglar montado en un caballito, cuya gualdrapa estaba sembrada de escudos de armas de Barcelona, iba al lado del conde, que manejaba con seguridad y maestría las riendas de su alazan de guerra.

Como una pasajera nube de verano que se posa sobre un monte y le envuelve hasta que llega un soplo de viento á disiparla, la tristeza que se sentara sobre la frente del conde habia desaparecido, sin apenas dejarle el menor recuerdo. Borrell paseaba su vista por la bella campiña que se desplegaba á sus ojos y gozaba en el piar de las aves, en los rumores que partian de las selvas agitadas por la brisa, en los murmurios de los arroyuelos que rodaban sus olas en miniatura á los primeros rayos del astro del dia. Todo le parecia hermoso, bello, encantador.

De cuando en cuando dirigia la palabra á su juglar, y con envidia y celos de los cortesanos que les seguian, pasaba largos ratos en deleitosa conversacion con el hombre que disipar supiera su tenaz y profunda melancolia.

Dos jornadas les bastaron para llegar á Cardona. Cardona no era entonces mas que un puñado de casas, entre las cuales se elevaba su castillo con la torre del homenaje en que flotaba al viento la señorial bandera.

Al divisar la comitiva del conde, el centinela de la muralla hizo una señal, y todas las trompetas del castillo dejaron oír entonces por tres veces sus estruendosas voces para anunciar á Ermemiro que se acercaba una cabalgada al parecer ilustre.

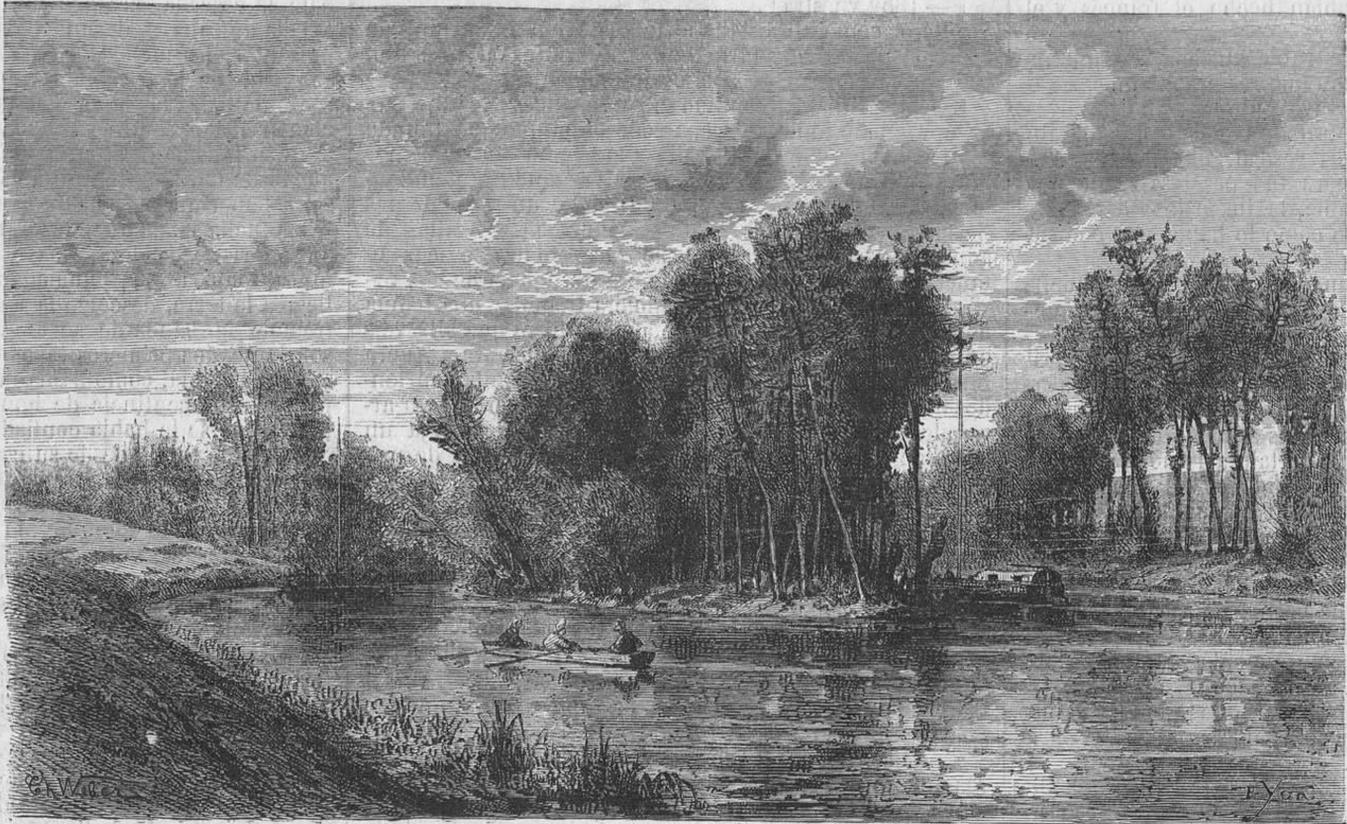
Inmediatamente Ermemiro se dispuso á salir al encuentro de los huéspedes desconocidos que le llegaban, pero antes que diera un paso fuera de su castillo, se le presentó un page seguido de un escudero con la señora del conde y le pidió hospitalidad para su señor el conde de Barcelona.

— ¡Cómo! exclamó Ermemiro en el colmo de la sorpresa, ¡el conde aquí, en mi casa!...

Y en el acto se arrojó fuera del castillo hasta llegar corriendo adonde estaba Borrell, ante el cual postró en tierra una rodilla.

— Señor, señor, dijo Ermemiro, es honra demasiada la que hoy haceis al mas humilde de vuestros vasallos dignándoos escoger su casa para morada vuestra.

(Se continuará.)



El mundo de las flores.

El mundo de las flores.

M. H. Lecoq es autor de una bonita obra, á cuyo beneficio nos es dado penetrar en el *Mundo de las flores*. Este mundo encantado se parece al nuestro, con la diferencia de que todos los individuos que hay en él tienen la belleza; pero la flor experimenta como nosotros la necesidad de alimento, la aspiración al amor, así como también se halla en buena salud ó enferma. Cuando nos

ofrece margen á observaciones mas curiosas, es durante ese sueño del que no la despertaría Psiquis con su lámpara, y que espera los rayos del sol. Un árbol, de la familia de la sensitiva, ve que sus hojas y sus flores se duermen alternativamente, como si hubiera entre ellas desconfianza y antipatía. El enótero, que crece á orillas de los rios, dispone las hojas encima de la flor, y las corre como unas cortinas á cuyo abrigo puede velar ó dormir, según su antojo. Por la noche, las hojas del gui-

mientos, pues viajan, aunque no muy de prisa, excepto aquellas que descienden los rios; van á descubrir un país nuevo y á formar colonias; pero se ha calculado que el orquí se adelanta y se renueva un metro en treinta años, por manera que necesitaría treinta mil años para andar un kilómetro.

De todo esto trata M. Lecoq en su bonito libro el *Mundo de las flores*, al que acompañan grabados, como el que publicamos con estas líneas. P. P.



TEATRO DE FOLIES-DRAMATIQUES. — *Los Turcos*, ópera bufa en 3 actos, música de M. Hervé. — *El Baño de las odaliscas*. — (Véase la *Revista de Paris*.)